

1. 2. 3.

1911

DICIONARIO
DE
MODISMOS
(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO.

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de mas de 60.000 acepciones

Cuaderno 32 -- Precio: 2 reales
(Contiene los pliegos 91 a 96)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

MADRID

DE UNA AFRENTA DOS VENGANZAS.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

Escrito en francés por MM. Anicet y Lockroi.

Arreglado a la escena española por D. C. G. Boner y D. L. Valladares.

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL DIA 29 DE
MAYO DE 1845.

ACTORES.

CARLOS VI, Rey de Francia.	Don J. AZNAR.
EL CONDE DE ARMAGNAC.	Don F. FOMBERGAS.
VILLIERS.	Don J. FERNANDEZ.
DEPUY.	Don J. CAROTTELL.
EL CAVALLEIRO DE BOURDON.	Don A. ALVARA.
GRAVILLE.	Don R. AZOABDO.
HERIC.	Don P. LOPEZ.
PERINET.	Don J. LOBIA.
JUAN, Estudiante de Chiny.	Don J. TORRERA.
BOURDICHON.	Don A. CALTASABOR.
JACOMI.	Don J. PEREZ.
GERVASIO.	Don J. GARCIA.
SOLDADO 1.º	Don B. FLORES.
SOLDADO 2.º	Don A. LAMADRID.
ESTUDIANTE 2.º	Don M. RUIZ.
EL VERDEGAL, UN HERALDO.	Don L. RADA.
ISABEL DE BAVIERA.	Doña B. LAMADRID.
MARIA.	Doña C. FLORES.
MARTA.	Doña C. LAPUERTA.
UNA MUJER.	Doña M. DEAN.
CAVALLEROS, SOLDADOS, ESTUDIANTES, HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO.	

El primer acto pasa en el castillo de Vincennes, el segundo en Paris, el tercero en los alrededores de Chiny, el cuarto y quinto en Paris. 1818.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

Vista exterior del castillo de Vincennes. A la izquierda un ancho foso que rodea la muralla, a la derecha una hilera de arboles indicando el camino de Paris. Es de noche.

ESCENA I.

PERINET y BOURDON.

Bourdon sale el primero embozado en la capa y

mirando atrás con recelo. Se detiene en medio del teatro al mismo tiempo que apartese Perinet por el fondo embozado tambien en la capa. Al ver Bourdon que Perinet se apoda parado, se sienta en una

piebra al lado del foso. Perinet atraviesa el teatro, y se pone enfrente de él recostado en un árbol. Se observan algunos momentos.

BOURDON.

Eh! buen hombre, podéis tomar otro camino si os place, ó ir adelante.

PERINET.

Y por qué razón?

BOURDON.

Porque no es mi alcurnia tan elevada que merezca llevar detrás un escudero. Si se me antojara hacer que me siguiera un paje, escogería uno de mejor traza que la vuestra.

PERINET.

Pardiez, Señor mío, que no sé cuál de los dos inspiraría mas confianza á la ronda del Preboste: mas sabed, si no os enoja, que no tomaré otro camino, porque este es el único que puede conducirme adonde voy. Seguid el vuestro; nadie se opone á ello.

BOURDON.

Mi camino acaba aquí, y no tengo que añadir mas razones para deciros que ahora menos que nunca necesito un compañero.

PERINET.

Otro tanto digo yo.

BOURDON.

Basta de palabras. Tengo que estar en París antes que amanezca, y apenas nos queda una hora de noche: por lo tanto no me acomoda pasarla aquí contigo. Vete ó dime tu nombre.

PERINET.

Cuando me hayáis dicho el vuestro.

BOURDON.

Mis razones tengo para ocultarlo.

PERINET.

Y yo las mías.

BOURDON, *levantándose y dirigiéndose á él.*

Cuando se me habla con ese tono es necesario sostenerlo hasta lo último. En guardia, pues, Señor mío; la noche no es tan oscura que impida hacer uso de la espada.

PERINET, *abalanzándose á él y deteniéndole el brazo.*

Poco á poco! no he venido á pegarme de cintarazos: tengo tasado el tiempo. (*reconociéndole*) Qué veo? el caballero Bourdon!

BOURDON, *sacando la daga.*

Me has conocido!

PERINET.

Guardad la daga, Caballero: bien pronto os arrepentiréis de haberos servido de ella.

BOURDON.

Quién eres?

PERINET.

Mi nombre es Perinet Lecree, soy hijo del rejidor Lecree, alcaide de la puerta de San German.

BOURDON.

Eres el armero que vives en el puentecillo?

PERINET.

El mismo, á quien habeis comprado la armadura que sacasteis en el último torneo, cuando nuestra hermosa Reina Isabel de Baviera, esposa del infeliz Carlos VI, se dignó coronaros.

BOURDON.

Y qué vienes á buscar en el castillo de Vincennes? Sabes que á estas horas nadie tiene derecho á penetrar en él, aunque sea Baron, Conde ó hermano del Rey? Ignoras que todos los puentes están levantados y cerradas todas las puertas?

PERINET.

Ni mas ni menos que vos, y sin embargo venís...

BOURDON.

Por dónde esperas introducirte?

PERINET.

Por el sitio en que estabais sentado: es muy fácil por allí bajar al foso: luego por la muralla de enfrente, donde no hay ningun centinela, y que es fácil de escalar. Ambos nos hemos parado al fin del camino.

BOURDON.

Imprudente! no sabes lo que arriesgas en espiar mis acciones: da gracias á que conozco tu honradez, Perinet, que si no... vive Dios! tiempo há que estarias á mis pies cosido á puñaladas, como espía del Condestable de Armagnac.

PERINET.

Qué decís! yo espía del Condestable! ah! qué mal me conocéis! ya veo que es necesario explicarme para que desecheis enteramente tan injusta sospecha. Voy á confiaros el proyecto que me conduce á este sitio, y podéis estar seguro que ni aun mi padre lo conoce.

BOURDON.

Esplicate.

PERINET.

El Condestable me ha separado de la mujer que amo.

BOURDON.

Cómo ha sido?

PERINET.

Es una pobre niña, inocente, sin conocimiento ninguno de los amañes del mundo. Maria habia quedado huérfana al cuidado de una amiga de su madre, la mujer de Bourdichon, que va conoceréis...

BOURDON.

Si, si, adelante.

PERINET.

Y que vive frente por frente de la casa del Conde de Armagnac. Este la vio un día asomada a la ventana, llena de candor y de hermosura, y prendose de ella como yo me habia prendado hace años, cuando sus padres me concedieron su mano. Al entrar yo aquella noche como tenia por costumbre a ver a mi prometida me encontré a Bourdichon triste y pensativo, y a su mujer llorando. Se habia presentado un hombre de parte del Conde de Armagnac, y los habia ofrecido colocar a Maria en casa de una gran Señora que le aseguraba un brillante porvenir. Supe entonces que se habian dejado arrebatar a Maria, o alucinados con las promesas, o tal vez sobrecojidos con las amenazas. Una infamia, no es cierto? Un mes entero pase sin saber que habia sido de ella, buscándola por todas partes, hasta que una tarde que entraba en Paris desesperado, me encontré a una vecina que venia del castillo de Vincennes, donde habia ido a vender varias alhajas a la Reina. Se acerco a mi con mucha reserva, y sin decirme una palabra, me entregó un anillo; ya podeis pensar cual seria mi sorpresa al ver que este anillo era el que yo le habia dado a Maria, y el que llevaba siempre consigo. Conoci al momento el lugar en que se encontraba; pero de nada me sirvió, porque veinte dias he entrado en el castillo sin hallarla una vez. Al fin ayer entré maquinalmente en la capilla donde estaba orando la Reina, y una de las damas de su sequito se acerco a mi diciendome en voz baja: «Mañana antes que amanezca, espérame junto al oratorio y huirémos.» Era Maria! Maria que no habia visto en tanto tiempo, y cuya voz me volvió la alegría y la felicidad. Nada mas tengo que explicar.

BOURDON.

Bien: olvida mis anteriores palabras y venga tu mano. Si yo tuviera como tu la certeza de ser correspondido, no envidiaría tu fortuna, Perinet; porque puedes huir con la que adoras mientras yo... vamos, sígueme, bajemos pronto.

PERINET.

Cuando gustéis.

BOURDON.

Nos separaremos en lo alto de la muralla: tú iraras hacia la izquierda y encontraras una vereda que conduce al oratorio; mas por ella con el mayor silencio, conteniendo la respiración si es preciso, porque tienes que pasar muy cerca de un centinela. Valor y confianza en Dios!

PERINET.

Lo mismo os digo, Señor.

BOURDON.

Espera... á estas horas suele pasar la ronda por este sitio... ponte á eschar...

PERINET.

Nada se oye.

BOURDON.

Vamos pues, *baja el primero y desaparece diciendo desde abajo á Perinet*. Pon el pie a la derecha... hay una piedra que sirve de escalon.

PERINET, *bajando pero viendosele todavía*.

Bien se conoce, Caballero, que no es la primera vez que venis por este camino.

Desaparece.

BOURDON, *escalando la muralla*.

Por tu vida, Perinet, guárdate de revelar á nadie este secreto.

Llega á lo alto y á poco tiempo se le vé subir á Perinet dirigiendose por el camino opuesto que ha tomado Bourdon.

PERINET, *al subir*.

No temais: morirá conmigo.

Desaparece, y en el mismo momento entra una patrulla.

ESCENA II.

La PATRULLA.

ROBERTO.

Quién vive?

PRIMER SOLDADO.

Vais dando el quien vive á todas las matas. Maese Roberto.

ROBERTO.

Silencio! no tengo tan mala vista que no me deje distinguir un hombre á cincuenta pasos aunque sea á oscuras; y parecíame, vive Dios! que he visto menearse algo en una de la muralla.

SEGUNDO SOLDADO.

Ba! son yerbajos que se mecan con el aire. Quien diablos se atreviera á colarse en el castillo!

ROBERTO.

A la fi que estamos bien alerta para que á nadie se le ocurra semejante idea.

PRIMER SOLDADO.

Bien alerta? pardiez que me dejo enclavar como un perro judio, si la mitad de las centinelas de ahí arriba no han trocado á estas horas el arco y las flechas por los dados.

ROBERTO.

Silencio! lo que es ahora no me equivoco... atencion! un tropel de jinetes viene hácia aquí. No se puede distinguir... parece que echan pie á tierra, y se dirijen aquí...

PRIMER SOLDADO.

Dejadme probar si me queda fuerza en el brazo para asestar una flecha; luego les pediréis el quién vive.

Asesta el arco.

ROBERTO.

Quién vive?

CONDESTABLE, dentro.

El Rey!

Los arqueros quedan inmóviles. Roberto se acerca al Condestable que sale sosteniendo al Rey. Este al verle acercarse se sorprende y dá un grito.

REY.

Socorro! socorro! la fantasma... aquí!..

Armagnac habla bajo á Roberto, y este hace seña á los arqueros que le sigan.

SEGUNDO SOLDADO, al primero.

Buen lance ibáis á echar.

PRIMER SOLDADO.

Quién sabe si el buen Rey me lo hubiera agradecido? Cada día está mas loco.

Los arqueros se apartan.

ESCENA III.

EL REY, el CONDESTABLE, DUPUY, TAN-
NEGUY y ARQUEROS en el fondo.

Durante esta escena va amaneciendo poco á poco.

CONDESTABLE, acercándose al Rey que se ha quedado en la misma postura y temblando.

Señor, nada temáis... no hay aquí fantasma ninguna, ni correis el menor peligro.

REY.

No la habeis visto?... es verdad... ya desapareció!.. ah!

El Condestable viendo vacilar al Rey, le lleva junto un árbol y le hace sentar.

CONDESTABLE.

Habeis querido bajar del caballo...

REY.

Si. *(apretándose la cabeza con las manos)*
Aquí! aquí! todo mi mal está aquí! Espere-
mos que acabe de amanecer, Armagnac: el
aire fresco de la mañana dá algun alivio á mi
cabeza que está ardiendo. Cuánto tiempo há
que estoy padeciendo este martirio! Cuando
me dió por primera vez? ah! si, en una selva..
sí... allí se me apareció la fantasma.

CONDESTABLE.

No podeis, Señor, desechiar de la imagina-
cion tan tristes recuerdos?

REY.

Dónde está mi hermano Luis de Orleans?..
quiero verle.

CONDESTABLE.

No os acordáis que hace diez años fue vil-
mente asesinado en Paris por el Duque Juan
de Borgoña, que en este momento alza pendo-
nes en contra de su legítimo Rey y Señor? Te-
ned confianza en mí; en vuestro leal defensor
Armagnac, que sabrá probarlo en todas oca-
siones con el valor de su brazo y la protec-
cion de San Bernardo.

REY, fijando en él los ojos lentamente.

Si: me habeis dicho que los ingleses han de-
sembarcado en la costa de Francia?

CONDESTABLE.

En Normandía... y tambien os he dicho que
el Duque de Borgoña se ha apoderado de Ab-
beville, Amiens, Montdidier y Beauvais.

REY.

Qué desgraciado soy! Cómo pensais valeros
para rechazar á un tiempo á los dos enemi-
gos?... yo... soy muy débil para ayudaros.

CONDESTABLE.

Ya he tomado mis medidas... y han obteni-
do vuestra aprobacion. Habeis nombrado al
Delfin Carlos, teniente jeneral del reino.

REY.

Es verdad... pero ya os hice ver que era
muy jóven... un niño de quince años... Por
qué no me habeis propuesto para este cargo á
Juan su hermano mayor?

CONDESTABLE.

Es posible, Señor, que sea tan acerbo vues-
tro mal, que os haga olvidar la muerte de
vuestro hijo?

REY.

Si, ya me acuerdo... murió en Compiègne...
ha muerto!.. esta palabra resuena incesante-

mente en mis oídos cuando llamo á alguno de mis hijos ó de mis parientes! Con que el mando de las tropas está á vuestro cargo y al de mi querido hijo?

CONDESTABLE.

Si Señor... y si hubiera dinero para aumentarla...

REY.

Y el tesoro del reino?

CONDESTABLE.

Ha sido robado.

REY.

Quién ha sido?... solo mi esposa ó mi hijo pueden haber cometido ese crimen... Ya me tienen por muerto.

CONDESTABLE.

El Delfín os respeta demasiado para que atente en lo mas mínimo a una acción semejante. Las ordenes de su padre y Señor son leyes para él.

REY.

Con que es decir que ha sido la Reina? Vamos a verla, a pedirle ese dinero...

CONDESTABLE.

Lo ha empleado en comprar muebles y alhajas.

REY.

Y qué haremos?

CONDESTABLE.

Bastantes veces os he dicho, Señor, que no osáis de la entereza que debierais con la Reina... está perdiendo el reino, y Dios la de pedir os cuenta algun dia de tanta filandura. Ved si ha disminuido su lujo á pesar de la miseria pública: al contrario, cada vez va en aumento. Su profusión da mucho que decir, y no en buen sentido, á la jente honrada.

REY.

Teneis razon... es preciso poner un dique á sus excesivos gastos... para hacérselos disminuir la contentaremos concediéndola lo que pide hace tiempo. La he prometido nombrar Castellano de Vincennes al Caballero de Bourdon... me dais á firmar su nombramiento.

Ha amanecido enteramente.

CONDESTABLE.

Qué decís, Señor?

Mira hacia el camino que conduce al castillo.

REY.

Anunciareis á ese joven el favor que me he dignado concederle.

CONDESTABLE.

Es muy probable que ya lo sepa.

REY.

Quién puede habérselo dicho?

CONDESTABLE.

La que lo ha solicitado con tantas instancias.

REY.

La Reina?

CONDESTABLE.

Tiene tanta confianza en el valor de ese joven, que no ha tenido paciencia para esperar su nombramiento y confiarle la guarda del castillo.

REY.

Qué osáis decir?

CONDESTABLE, señalando hacia los bastidores, e indicando el camino que conduce a la puerta del castillo.

Mirad, Señor, por ahí... vedle salir de Vincennes.

REY, levantándose.

Bourdon! como ha penetrado tan de mañana en el castillo? acaban de abrir las puertas... qué es esto? Qué se dice en la corte de ese joven?

CONDESTABLE.

Que goza mucho favor con las damas, y que ninguna resiste á sus halagos.

REY.

No exceptúan alguna?

CONDESTABLE.

No Señor.

REY.

Bernardo! lleva una caperuza verde.

CONDESTABLE.

El color de la Reina.

REY.

Insolente!

ESCENA IV.

DICHOS y BOURDON.

Sale cantando, y al ver al Rey se echa á paso por delante saludando ligeramente.

REY.

Detente infeliz! cuando se pasa delante del Rey se saluda. *Bourdon lleva la mano á la caperuza sin detenerse, y al llegar al bastidor sigue cantando y desaparece.* Condestable! apoderaos de ese hombre... me entendéis?

CONDESTABLE, á Taneguy.

Ejecutad las órdenes del Rey.

Dos hombres siguen á Bourdon.

REY, paseándose agitado.

Es hasta donde puede llegar la audacia y el desprecio! insultarme cara á cara! Le habrán enseñado á molestar de mí... sí, no hay duda... no puede ser de otra manera.

Se oye ruido de espadas: Taneguy ha seguido con la vista á los dos hombres que han ido al alcance de Bourdon y grita.

TANEGUY.

Seguidme.

Se va con cuatro arqueros.

REY.

Qué es esto? no bastan dos hombres para un joven?... van á dejarle escapar... Pobre de mí!... Rey sin voluntad propia, y sin energía para ser obedecido! (*sale Taneguy*) Ah! gracias á Dios! Condestable! vos respondeis de ese joven. Volvamos á París: ya no quiero entrar en el castillo... Escuchad mis órdenes... Bourdon á las prisiones del Chatelet... la Reina á Tours si es culpable.

CONDESTABLE.

Está bien. (*llamando Dupuy!* *al Rey que se va por la derecha*) Ya os siga, Señor.

DUPUY.

Qué mandáis?

CONDESTABLE.

Vais á prender á la Reina.

DUPUY.

Será posible!

CONDESTABLE.

Es el golpe mas seguro para consolidar del todo mi poder.

DUPUY.

Mas, qué motivo?..

CONDESTABLE.

Ese joven...

DUPUY.

Es su amante?

CONDESTABLE, con sigilo.

Es su hijo... mas para conseguir lo que medito me conviene que pase por lo que decís. Marchad.

DUPUY.

Obedezco.

El Condestable sigue al Rey con varios arqueros, y Dupuy se dirige al castillo con otros.

CUADRO SEGUNDO.

El oratorio de la Reina: á la derecha una puerta que conduce á las habitaciones; á la izquierda una puerta secreta que comunica con un corredor y está abierta. En el fondo una ventana con reja, y al lado un resclinatorio.

ESCENA I.

PERINET, *entra pálido y en la mayor consternación por la puerta secreta.*

Han pasado á mi lado... sí: no me engaño... era la Reina, era el Caballero de Bourdon... Cómo he de salir? va á entrar por aquí... (*señalando la puerta secreta y dirigiéndose al otro lado*) si por esta puerta?... cielos! la alcoba de la Reina!... esta ventana... Dios mío! una reja!... Quién podrá salvarme? María, solo María! pero dónde encontrarla?... no ha acudido á la cita... (*viendo salir á la Reina*) Ah! estoy perdido.



ESCENA II.

PERINET, ISABEL.

ISABEL, *cerrando la puerta sin ver á Perinet.*
Nadie le ha visto salir. (*volviéndose*) Un hombre!

PERINET.

Perdon! Señora, perdon!

ISABEL.

Un hombre aquí!

PERINET, *de rodillas.*

Perdon!

ISABEL.

En mi oratorio! Qué es esto? responde.

PERINET.

Vuestras miradas me hician de pavor. Señora.

ISABEL.

Responde: qué haces aquí? qué buscas? por donde has venido? quien te ha introducido?

PERINET.

El acaso... el acaso que maldigo, Señora, porque es causa de vuestra colera contra mí.

ISABEL.

Que dices insensato? te ha introducido el acaso en el castillo, en mi cámara, en mi oratorio?

PERINET.

Venia á buscar á mi prometida, para que huyera conmigo.

ISABEL.

Su nombre?

PERINET.

Maria.

ISABEL.

Mientes! Maria no quiere abandonarme.

PERINET.

Os juro que digo la verdad. Ayer me lo habia prometido, y en vano he estado esperando en ese patio. Ha venido el día, y teniendo ser descubierto he procurado ocultarme: sin saber como he llegado hasta aquí, gracias á una puerta que he encontrado abierta á lo último de ese corredor.

ISABEL.

Y allí has estado?..

PERINET.

Perdonadme, Señora... no sabia que ikais á pasar tan cerca de mí.

ISABEL.

Con que me has visto?

PERINET.

Haced de mí lo que queráis... pero os juro que digo la verdad... me creia perdido... tuve miedo...

ISABEL.

Un secreto de tanta gravedad en manos de este hombre! de un hombre que me engaña tal vez...

PERINET.

Señora!..

ISABEL.

Yo lo sabré. *entra en su cuarto* Maria!

PERINET.

Tan cerca de mí estaba! Dios mío!

ISABEL.

Maria!.. ven pronto, *sale con Maria* Conoces á este hombre?

ESCENA III.

DICHOS y MARIA.

MARIA, *dá un grito al reconocerle*.
Cielos!

ISABEL.

Conoces á este hombre? responde: de tu respuesta pende su vida.

MARIA.

Señora! es mi prometido... es Perinet Lecrec... mi amante, que venia á buscarme para huir de esta prision... anoche me encerrasteis en mi cuarto y por eso no pude acudir á la cita; perdonadle, Señora, si en algo os ha ofendido... yo sola soy culpable.

ISABEL.

Es cierto lo que dices Maria? Quieres abandonarme? Qué te he hecho yo para que así me trates?... tienes alguna queja de mí?

MARIA.

Ah! no Señora, no! solo las muchas bondades de que me colmáis continuamente han podido decidirme á tomar esta resolucion.

ISABEL.

Espícale.

MARIA.

Dejadme antes pedirlos de rodillas el perdón de mi falta. No sabéis por qué el Condestable me ha puesto á vuestro lado, separándome del de mi prometido; no sabéis el vergonzoso empleo á que me habia destinado. Cuando hablabais delante de mí libremente y sin ningún temor, no sabiais, Señora, que yo estaba aquí para no perder ninguna palabra, ningún pensamiento, y que tenia la orden de repetir las delante de Armagnac. Ah! no lo he hecho, no; os lo juro por lo mas sagrado. Antes de ayer tuve que sufrir sus amenazas, porque me preguntaba cosas que negué redondamente aunque él pretendia saberlas. Dos meses hace ya que estoy á vuestro lado, Señora, sufriendo este martirio; espiada por la jente del Condestable, y sin atreverme á confesaros la verdad por temor de perder vuestra confianza. Este es, Señora, el motivo que me obliga á dejaros espuesta á atraerme vuestro desprecio; pero al menos con la certeza de no haberlo merecido.

ISABEL.

Levanta, hija mía. Podias haberme perdido y no lo has hecho, yo te lo agradezco. Ven á

mís brazos. *(aparte)* Infame Armagnac! *(alto)* Ahora soy yo, Maria, quien te suplica que no me abandones... concédeme este favor porque otra vendría á sustituirte sin tu candor y tu fidelidad.

MARIA.

Señora!..

ISABEL.

Ya comprendo tu indecision. Temes verte separada del que amas? Pues bien, no temas: si el Condestable os ha separado, yo me encargo de que viváis unidos. Perinet! quieres ser escudero del Caballero de Bourdon, en cuanto obtenga el mando de este castillo?

PERINET.

Ah! Señora! me prometéis no separarme de Maria.

ISABEL.

Y si obtengo para ti ese cargo, podré contar con tu fidelidad?

PERINET.

Hasta la muerte.

ISABEL.

Bien. Puedes tener por concedido ese favor.

MARIA.

Tanta merced!..

ISABEL.

Basta... *(hace seña que se retire y se va Maria hacia la ventana)* Escucha Perinet... nada de lo que has visto y oído debe jamás salir de tu boca: piensa que en mis manos tengo una prenda *(señalando á Maria)* que me asegure de tu silencio. Desde este día eres mío en cuerpo y alma.

PERINET.

Dios me castigue si lo olvido nunca... vuestro soy.

ISABEL.

Qué hay? de qué proviene ese ruido?

MARIA, *mirando por la ventana.*

Qué veo? Dios mío! los soldados del Rey desarman á los vuestros... llevan presos á los Señores de Gaye y de Graville.

ISABEL.

Qué decís?

MARIA.

Mirad, Señora, mirad. Aquí viene el maldito privado del Condestable...

ISABEL.

Qué significa esto? Perinet! ahora poco te pedía una fidelidad á toda prueba, y ya es tiempo de ponerla por obra.

PERINET.

Disponed de mí como gustéis.

ISABEL.

Entra en ese corredor... si te vieran aquí estabas perdido... aun puedes servirme de mucho. *(Perinet se va)* Dios mío! qué es esto?

ESCENA IV.

ISABEL, DUPUY, MARIA, *en el fondo.*

DUPUY

Daos á prision, Señora.

ISABEL.

Yo! no puede ser.

DUPUY.

Tal es la voluntad de nuestro Rey y Señor.

ISABEL.

Mentis!.. el Rey no puede haber dado tal orden... el Rey ha perdido enteramente la razon!

DUPUY.

Si así no fuese, ya hace diez años que hubiera venido yo mismo á deciros lo que os acabo de decir: no es cierto?

ISABEL.

Traéis la orden de prenderme y nada mas... solo á esto se reducen vuestras atribuciones... acordaos ante todo que delante de la Reina nadie está con la cabeza cubierta.

DUPUY, *quitandose lentamente la caperuza.*

El Caballero de Bourdon, hace lo mismo delante del Rey.

ISABEL.

Cuándo ha sido?

DUPUY.

Esta mañana.

ISABEL.

Dónde?

DUPUY.

A la puerta del castillo.

ISABEL.

Luego el Rey está aquí?

DUPUY.

Ha vuelto á París.

ISABEL.

Y Bourdon?

DUPUY.

En el Chatelet estará muy en breve con buena guardia,

ISABEL.

Le han prendido! ah! pero no querrán su vida por tan pequeña falta.

DUPUY.

Su este fuera su único crimen, no estaría yo aquí, Señora; *bajo* Paso por vuestro amante, aunque mi Señor el Condestable sabe muy bien que le ligan con vos otros vínculos.

ISABEL.

Basta: callad. Donde quereis conducirme?

DUPUY.

Al castillo de Tours. El Rey y el Condestable me han dado orden de conducirnos inmediatamente.

ISABEL.

Sola?

DUPUY.

Con una de vuestras damas.

ISABEL.

Con María tal vez?... Bien, no importa... a María. Tu me seguirás... ahora despejad... Dentro de un instante estará dispuesta.

DUPUY.

No olvidéis que es preciso partir sin demora.

ISABEL, *con energía*.

No olvidéis que soy vuestra Reina y que os he dicho que salgáis.

Dupuy se va poco a poco.

ESCENA V.

ISABEL, MARIA, PERINET *saliendo*.

ISABEL, *ocultandose el rostro con las manos*.

Bourdon preso! Dios mío!

PERINET.

Han venido á prenderos, Señora?

ISABEL.

Y que me importa mi libertad? La de Bourdon es la que anhelo solamente... qué otra puede anhelar una madre?

PERINET.

Qué decís?

ISABEL.

Sí, es mi hijo... mi hijo que van á matar sin que pueda defenderle, sin que mi pecho pueda servirle de escudo contra el puñal de sus asesinos. Dios mío! Dios mío!

PERINET.

Y como salvarle?

ISABEL.

Va es imposible... mi vida la doy al que pueda alcanzarlo.

PERINET.

Sin ese premio lo intentaré. Tengo amigos

heles que jugaran por mi su cabeza, como mil veces he jugado por ellos la mía. Atacaremos el Chatelet.

ISABEL.

Y le salvaréis? Insensato! cuando havais forzado las puertas de hierro que le guardan, cuando logreis entrar en su calabozo, solo encontrareis su cadaver. No hagáis tal por Dios! vais á acelerar su muerte.

PERINET.

Y qué haremos?

ISABEL.

Ve á su prison, habla de mi parte á los carceleros, y pideles su vida. No lo matéis, les dirás, la Reina os ofrece todo el oro que quereis, mas del que podáis apetecer... salvadle. Si aun no teneis bastante, tomad sus joyas, sus perlas, su corona... todo es vuestro si le concedéis la vida y la libertad. Ah! si yo pudiera ver á esos hombres, bien pronto lo haría.

PERINET.

Haré todo lo que me mandéis.

ISABEL.

Estoy loca! es imposible... nada puede salvarle de la muerte horrorosa que le espera... no tomarian mi vida en cambio de la suya? Si, le matarían. Insensata! no haberlo previsto antes! no habérseme ocurrido la idea de pedir al Rey en uno de sus accesos de locura la muerte del Condestable! Ya no hay remedio... ninguno!... Dios mío! ser Reina y no poder nada!

MARIA.

Dios mío! Dios mío!

ISABEL.

Lloras, infeliz! lloras porque te separan del que amas? Su ausencia no será eterna como la de Bourdon, como la de mi hijo! van á matarle... sin que nada pueda yo por él... sin que sepa la hora de su muerte que á cada instante la estaré temiendo... Hijo mío! morirá el infeliz sin descubrirle el secreto que he tenido encerrado en mi pecho... sin conocer que el entrañable cariño que le profesaba, era el de una madre... el de una madre que solo vivía para él, que no tenía mas gozo que el de estar á su lado, ni mas dicha que la de escucharle!

MARIA.

Qué suplicio, Dios mío!

ISABEL.

Sí, bien decís... un suplicio horroroso! Ha caído en manos de mis enemigos y saciarán en el desdichado el odio y el rencor que tienen á

su madre. Para aumentar mi desesperacion, ni siquiera me darán noticias de su suerte! pero... no será así... *(á Perinet)* tu estás libre, tú podrás decírmelo... Le han llevado al Chatelet... no lo olvides, al Chatelet... corre allá... no te muevas de la puerta... espía en silencio todo lo que pasa, y si le ves salir vivo ó muerto, ven inmediatamente á decírmelo.

PERINET.

Así lo haré.

ISABEL.

Aunque habrán cerrado todas las salidas del castillo, por ese corredor puedes escapar... cuando estés fuera de todo peligro en el camino de Paris, haz una señal con tu caperuza... yo estaré á la ventana, y no me moveré de ella hasta que te haya visto.

PERINET.

Perdud todo cuidado.

ISABEL.

Sea cual fuere su suerte vendrás á decírmelo... y si no puedes llegar hasta mí, envíame esta cruz si está vivo... tu puñal si ha muerto... corre Perinet.

ESCENA VI.

ISABEL, MARIA.

ISABEL.

Es mi sola esperanza... la única que me han cogido... Venganza, Dios mío! venganza! El Rey permite estos asesinatos... el Rey! qué es más que un insensato? *(dirigiéndose á la ventana)* Nada se vé aun... cuánto tarda... le habrán prendido?... no!... ya está en la muralla...

MARIA.

Dios mío! toda está llena de centinelas!

ISABEL.

¡No le hace señas para que se detenga.

MARIA.

Ni aun puedo mirar... y bien?

ISABEL.

Sigue su camino... le amenaza con su ballesta... le tira...

MARIA, dando un grito y cayendo de rodillas.

Ah!

ISABEL.

Nada, nada... ni ha vuelto la cabeza... tiene valor... Dios le proteja... ya baja la muralla... desapareció!

ESCENA VII.

DICHAS, DUPUY y SOLDADOS.

DUPUY.

Ya es tiempo de partir, Señora.

ISABEL.

De partir? no, todavía no, apartad... de aquí no salgo.

DUPUY.

Seguidnos, Señora... no queráis que para ello haga uso de la fuerza.

ISABEL, pasando el brazo por la reja.

De la fuerza! Veámos quien se atreverá á ponerla mano en su Soberana.

DUPUY.

Ahora no os reconozco como tal, sois mi prisionera.

ISABEL, aparte.

No aparece, Dios mío!

DUPUY.

Por última vez os intimo, Señora, que nos sigáis.

ISABEL, aparte.

Ah! se ha salvado!... allí está...

DUPUY.

En nombre del Rey apoderaos de ella.

ISABEL, separándose de la ventana y diciendo con entereza á los soldados que se acercan.

Atrás! Mi puesto es delante, Señores.

Los guardias y Dupuy se retiran respetuosamente, y sale Isabel la primera.



ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la orilla del río; a la derecha del actor el Chatelet que ocupa el espacio de las tres primeras capas; a la izquierda entre la tercera y cuarta una taberna; entre las dos primeras del mismo lado una callecuela, en el fondo el río y el puente de los molinos. Una casa de madera practica le sobre el puente con una ventana que abre al río. La taberna tiene tambien un balcon practicable.

ESCENA I.

JACOME, CRIADOS *de la taberna y de pais*
PAISANOS.

Al levantarse el telon, algunos barones se cuentan en levanta un tablado en el fondo con fondes, bancos y tablas; las ventanas estan cubiertas con tapices o fondes con las armas de Venecia.

JACOME, *saludo de la taberna.*

Asegura el tablado, porque si la jente se hunde y cae sobre la comitiva que va a pasar, se lo lleva todo el diablo. Con que no hay que detenerse, ya no pueden tardar; hare dos horas largas que estan felicitando al Rey por la prision de la Reina Isabel, y la jente acude ya a este sitio.

Se ve salir la jente por la callecuela y a lo largo de la orilla del rio.

ESCENA II.

BOURDICHON, JACOME, LECREC *y varios*
PAISANOS.

Bourdichon en traje medio militar y medio paisano entra corriendo por lo largo de la ribera, y tropieza con Lecrec que viene por el puente.

BOURDICHON, *tropezando.*

AY!

LECREC.

Maldito seas!...

BOURDICHON.

Os habre lastimado... Ah! Sr. Lecrec, sois vos?... Me alegro haber tropezado con jente conocida.

JACOME, *saludando.*

Buenas tardes, Señores; como no estais en la procesion?

LECREC.

Acabo de separarme de ella.

BOURDICHON.

Pues yo voy a remirarme... tomo parte de la comitiva, ya veis como pertenezco a los guerdos del pueblo; con que hasta luego...

LECREC.

Esperad un momento amigo Bourdichon... Echareis antes un trago conmigo... a Jacome. Trae vino...

Jacome entra y vuelve a salir con un jarro.

BOURDICHON.

Me convidais, eh? Dios os lo pague veneno. Asi como asi, no me vendrá mal el vinillo. Tengo las fauces lo mismo que yesta... *brindando.* A vuestra salud y a la de Pedro vuestro hijo... Pero ese muchacho está loco?... No trata de casarse despues de haber visto lo que a un me pasa. Ay! compadre Lecrec... Mi bendita Marta logrará enterrarme muy pronto, si Dios no me deja viudo... cuanto antes.

LECREC.

Siempre regañando, no es eso!

BOURDICHON.

Qué quereis que suceda? desde que se llevaron de mi casa a Maria, la novia de vuestro hijo, es aquello un infierno... Mi mujer para vengarse del Condestable se ha hecho Burgonoma furibunda... yo ya sabeis que soy Armagnac declarado. Como podeis figuraros, los dos partidos vienen a las manos a cada momento... Y muchas veces... hoy por ejemplo, confieso que no han llevado los Armagnac lo mejor de la pelea.

LECREC.

De veras?

BOURDICHON.

Creei quedar hecho trizas entre las uñas de mi mujer, y si no es por dos estudiantes de Chuv que llegaron a tiempo para separarnos, soy hombre perdido.

JACOME.

Tiene un jénio que ya va...

BOURDICHON.

Es una fiera!... Pero á proposito de fieras, estaba pronto el gato blanco que te mande pa-

ra que lo guisases?

JACOME.

No tardará.

BOURDICHON, á *Leece*.

Le he mandado matar para celebrar con varios amigos la solemnidad del día... el triunfo de mi partido, y la prision de la Reina... Cuando mi mujer lo sepa, se vá á comer los codos de rabia; (con alegría) mejor que mejor... yo me comeré el pato... (á *Leece*) Con que seréis de los míos, no es eso?

LECEE.

Gracias, amigo Bourdichon. En estos tiempos de revueltas no me separo nunca de la puerta de San German, cuyas llaves guardo hace veinte años; ya llevo demasiado tiempo fuera de casa. Con que hasta luego... Si veis á mi hijo Perinet, decidle que le espero.

BOURDICHON.

Ah! vecino.

Leece se vá por la izquierda.

UN HOMBRE á *Bourdichon*.

Mucho tarda la comitiva.

BOURDICHON, mirando al foro.

Qué es aquello que viene por allí?

TODOS, agrupándose al foro.

¿Ver? ¿ver?

BOURDICHON.

Será la procesion... Voy á colocarme en mi sitio...

Bebe el último vaso y se vá corriendo.

VOCES, dentro.

Viva el Condestable!

ESCENA III

EL CONDESTABLE, BOURDICHON, JÁCOME, un CAPITAN de arqueros y SOLDADOS.

CONDESTABLE.

Señores! guardad vuestros vivas y aclamaciones para el Rey... Celebro mucho ver que la alegría reina en todos los habitantes de Paris, y espero que nada turbará la fiesta. La prision de la Reina no es una señal de persecucion... El Rey promete perdon y olvido á todos sus partidarios que permanezcan tranquilos.

PEÜELO.

Viva! viva!

BOURDICHON.

Viva el Condestable! si estuviese aqui mi mujer!

CONDESTABLE, al Capitán.

Voy á entrar en el Chatelet. Estáis seguro Capitán, de que nadie ha visto la cara del prisionero?

CAPITAN.

Nadie.

CONDESTABLE.

Habéis avisado al verdugo?

CAPITAN.

Pronto vendrá.

CONDESTABLE.

Tendrá que hacer uso de toda su fuerza y de toda su habilidad, porque el preso es hombre de valor.

CAPITAN.

Otros mas duros que él han cantado clarito en el tormento.

CONDESTABLE, aparte.

El Rey Carlos esije una prueba auténtica de la infidelidad de la Reina para condenarla... Pues bien, Bourdon, ya que no puedo probarle que tu nacimiento es su deshonra; el amor de Isabel que tú no comprendes y que atribuyes á otra causa, servirá para perderos á los dos, afirmando para siempre mi poder... tú confesarás en medio de los dolores del tormento ese amor que crees culpable... tú me darás esa prueba que el Rey me esije, y morirás despues porque es preciso que mueras; pero en cambio de este servicio ahorraré á tu muerte la afrenta del cadalso. (alto) Seguidme, Capitán.

PEÜELO y BOURDICHON, gritando mas que todos.

Viva el Condestable!

El Condestable entra en el Chatelet. Marta entra al mismo tiempo por la calle y sorprende á su marido dando vivas al Condestable.

ESCENA IV.

BOURDICHON, MARTA, JÁCOME, PAISANOS, dos MUJERES.

MARTA.

Ah! bribon! ya te pillé en el garlito.

BOURDICHON.

¡T! mi mujer.

MARTA.

Como yo no estaba aqui gritabas á tu sabor.

viva el Condestable!... ¡tonante!

BOURDICION.

No, mujer... si estaba hablando... Los Señores pueden decir...!

MARTA.

Calla! enfústero! y se puede saber donde vas ahora?

BOURDICION.

A ver la fiesta.

MARTA.

Estas fresco! ya te he dicho que no quiero que vayas... y no irás.

PAISANOS, riendo.

Ja! ja! ja!

BOURDICION.

Si, si, reiros... y el diablo os de una mujer como la mía, si tiene bastante habilidad para hacer otra tan mala.

MARTA.

Mala! y por que? porque aborrezco á tu Condestable, no es cierto?

BOURDICION.

Pues ya se ve que es una infamia, una injusticia... Mucho mas en el momento en que acaba de conceder el mas completo perdón á todos los partidarios de la Reina.

MARTA.

Un perdón.

BOURDICION.

Si Señora!

MARTA.

Quien lo creyera!... Y dime, es para perdonarle para lo que han traído esta mañana un preso al Chatelet?

JACOME.

Un preso!... Quien os lo ha dicho?

MARTA.

Mi vecino el tornero... el que vive enfrente le ha visto pasar... dice que es un joven muy guapo; pero le traian tan bien tapado que no ha podido verle la cara.

BOURDICION.

Pues entonces... apuesto cualquier cosa á que el Condestable ha entrado ahora en el Chatelet para anunciarle su perdón.

En este momento atraviesan el teatro el medico y el verdugo, y entran sin pararse en el Chatelet.

MARTA, señalándolos.

Mira! y son esos los portadores del perdón?

BOURDICION.

El verdugo!

JACOME.

Y el medico!

BOURDICION.

Virgen Santísima! La puerta del Chatelet se abre sola delante de ellos como si los conociese.

MARTA.

A se vuelve á cerrar para que no se oigan los gritos y las maldiciones de la víctima.

JACOME, á Marta.

Sera para el preso de que hablamos.

MARTA.

Yo lo sabré.

BOURDICION.

Donde vas mujer?

MARTA.

Al Chatelet.

BOURDICION.

Estas endemoniada?

MARTA.

Conozco á la hija del carcelero... me dejará meterme en algun rincón, y si averiguo quien es... si es uno de los míos... un partidario de la Reina... *(a su marido)* tú me las pagarás... en lugar del Condestable... Hasta luego, Señores, pronto vuelvo.

Clara y entra en el Chatelet.

ESCENA V.

DICHOS menos MARTA, despues JEAN y los ESTUDIANTES.

JACOME.

Compadre! qué mujer la vuestra!

BOURDICION.

Ay amigo mio. El Papa ha canonizado muchos mártires que no han ganado el cielo a tanta costa como yo. *(ruido en el fondo)* Que ruido es ese?

VARIOS PAISANOS.

Los Estudiantes! Los Estudiantes de Chuv.

JACOME.

Bien venidos sean los Estudiantes... son buena jente... es verdad que me rompen todos los jarros, pero para eso pagan doble.

JEAN, llegando con los Estudiantes por el puente.

Atrás canalla!... paso á los Estudiantes... para nosotros la taberna y la tabernera... Ola! mirad, chicos... aqui está el cutado que libertamos hace poco con tanto valor de las garras de su mujer.

BOURDICHOX.

Para servirlos.

ESTUDIANTES.

Vino! vino!

JUAN.

A la salud de tu mujer.

BOURDICHOX.

Mil gracias: (*aparte*) así reventará.

Suenan trompetas. Movimiento en el pueblo.

JACOME.

Las trompetas de los arqueros... ya viene la comitiva.

BOURDICHOX.

Voy á incorporarme...

VARIAS VOCES.

Al tablado! al tablado!

La mayor parte de la jente sube al tablado formado en el fondo del teatro desde la taberna al Chatelet. En el puente, en las ventanas y hasta en los tejados se ve jente. Cuadro animado. La comitiva atraviesa con gravedad por el fondo de un lado á otro del teatro, abriéndose paso por entre la multitud que se apiña y codea. Los estudiantes forman grupo *aparte* en el proscenio jugando y bebiendo en las mesas.

JUAN.

Cuánta jente!.. No faltan pillos!.. hasta en los tejados.

UNA MUJER, *entre la jente*.

Que me ahogan.

JUAN, *á sus compañeros*.

Ea, chicos, otro trago y vamos á hacernos lado á empujones entre esa canalla.

ESCENA VI.

JUAN, JACOME, MARTA, ESTUDIANTES,
y jente del pueblo.

MARTA, *saliendo del Chatelet*.

Qué horror! bien tenía yo.

JUAN, *volviéndose*.

Qué sucede?

Juan, Jacome y varios paisanos rodean á Marta.

MARTA.

Mi marido! Dónde está mi marido?... quiero confundirle... insultarle...

JACOME.

Pero qué pasa?

MARTA.

Pobrecito! me parece que aun le tengo delante.

JUAN.

Pero á quién?

MARTA.

A un jóven... El prisionero... le están dando tormento... en el colchon de cuero... he oído sus gritos... y he visto las planchas de hierro ardiendo que le ponían en las piernas... daba una lástima...

JACOME y VARIOS.

Qué horror!

Se oyen vivas en el fondo.

MARTA.

Sí, eso es, estúpidos! gritad viva! mientras matan á uno de los vuestros.

JUAN.

Pero sabéis quién es? habéis oído el nombre del paciente?

MARTA.

No, pero miré por una rendija de la puerta y me pareció ver un traje de estudiante.

JUAN, *tirando con furor el vaso*.

Un estudiante!.. Aquí de los míos!

Todos los estudiantes que habían quedado sentados se levantan y rodean á Juan y á Marta: la comitiva sigue pasando.

MARTA, *aparte*.Qué idea. (*alto*) Sí, un estudiante de Cluny.

JUAN y los ESTUDIANTES.

Un estudiante de Cluny!

JACOME, *aparte, á María*.

Estáis segura de eso?

MARTA, *idem*.

No lo sé, pero lo mismo dá... con eso alborotarán la procesion, desarmarán á los guardias del pueblo, y le tocará alguna cosa á mi marido. (*alto á los Estudiantes*) Mirad, desde aquí se vé el resplandor de la humbre en que hacen ascua los garfios y las tenazas... y todavía gritan viva!.. Y esos Señores que van á felicitar al Rey por lo que está pasando...

VARIOS ESTUDIANTES.

Es una infamia!

JUAN.

Ea! camaradas, venguemos á nuestro compañero... Vasos y jarros sobre la comitiva que felicita al Rey, cuando dan tormento á los Estudiantes de Cluny.

VARIOS ESTUDIANTES.

Sí, mucran!

OTROS.

Mucran!

Los Estudiantes se disponen á tirar los jarros y los vasos.

JACOMÉ, *deteniéndolos.*

Que vais a hacer? *al pueblo* Aquí de los paisanos!

Parte del pueblo deja el tablado y acude.

JUAN, *con fuerza.*

Aquí paisanos, estudiantes y todo el mundo. Cuando empiezan por los manteos de Cluny, creéis que perdonarán á vuestras ropillas? Nada! vasos, toneles, tablas y jarros sobre la comitiva... muera!

TOBOS.

Muera! Muera!

Los estudiantes tiran los vasos y dejan caer el tablado sobre la comitiva que se dispersa. Despues tiran al aire los sombreros.

ESTUDIANTES.

Victoria! Victoria!

JUAN.

Somos dueños del campo.

JACOMÉ.

Si, pero pronto vendrán los arqueros del Rey... Miradlos!.. ya se forman en batalla al otro lado del muelle.

JUAN.

Y la guardia del pueblo tambien.

MARTA.

Me alegro: con eso entrará tambien en la danza mi marido.

JUAN.

Nos haremos fuertes aqui... A parapetarnos!

LOS ESTUDIANTES.

Si, si.

JUAN.

Ya tenemos refuerzo.

JACOMÉ.

Quien?

JUAN.

Perinet.

TOBOS.

Perinet el armero!

ESCENA VII.

DICHOS. PERINET *entra por la calle y todos le rodean.*

PERINET, *mirando á la puerta del Chatelet.*
Que me queréis?

JUAN.

A buen tiempo vienes. Nos ayudarás en

nuestra empresa... Tu eres de los nuestros.

PERINET.

Imposible... Sabeis que siempre he estado pronto a acompañaros, lo mismo en vuestras fiestas que en vuestras pendencias; pero hoy no puedo disponer de mi mismo, tengo empuñada mi palabra.

JUAN.

No importa, nos haces falta... No ves ese aparato?

Enseñándole. Te haré una que han formado con los restos del tablado.

PERINET.

Qué intentáis?

JUAN.

Salvar á un camarada a quien estan dando tormento.

PERINET.

A mi Estudiante.

JUAN.

Asi dicen... pero séalo ó no... queremos salvarle.

PERINET, *aparte.*

Si será él? *(alto)* Salvarle, y cómo?

MARTA.

Derrotando á la guardia del pueblo.

JUAN.

Apoderándonos del Chatelet.

PERINET.

Tomar el Chatelet! estais locos?... Sabeis que todas vuestras dagas juntas no lograrían hacer la menor mella en la piedra de sus paredes? Si queréis seguir mi consejo...

JUAN.

Aquí lo que queremos es jente decidida a romperse la cabeza. Guarda tus consejos Perinet, para nada nos hacen falta... y si tienes miedo, largo de aquí.

ESTUDIANTES.

Si, si, fuera Perinet!.. fuera el armero!

PERINET, *colocándose en la esquina de la calle.*

Veremos quien se atreve á echarme de aquí! Este es mi sitio, y todo el Colejo de Cluny no es capaz de hacérmelo abandonar, sino es regado con sangre.

UN ESTUDIANTE.

Alerta! Los arqueros están encima.

MARTA.

Duro en la guardia del pueblo!

Las mujeres se retiran á un rincón y los Estudiantes se suben en el parapeto que han formado.

PERINET.

Cielos! su imprudencia puede costar la vida al que quieren salvar.

CAPITAN, *dentro*.

Paso en nombre del Rey y del Condestable.

MARTA, *escondida*.

Muera el Condestable!

ESTUDIANTES.

Muera!.. Mueran los arqueros!

CAPITAN, *saliendo con los arqueros*.

A ellos! mis valientes! á ellos!

Los arqueros despejan en un momento la plaza. Despues entran los guardias del pueblo. Marta que se esconde al ver huir á los Estudiantes, tira una jarra á la cabeza de uno de los soldados de la guardia del pueblo.

MARTA.

Pues yo no me voy sin romper á uno la cabeza.

BOURDICHON, *que recibe el golpe*.

Ay!

MARTA.

Virjen Santa! mi marido... me alegro.

Se va corriendo por el puente: Jácome, que durante la pelea se ha refugiado en su casa, vuelve á salir. Levantan á Bourdichon que ha caído del golpe. Perinet permanece escondido detrás de la esquina.

ESCENA VIII.

PERINET, BOURDICHON, CAPITAN, ARQUEROS, JÁCOME, y los GUARDIAS del pueblo.

CAPITAN.

El Condestable manda que permanezcan los vecinos de París sobre las armas, y que no se deje parar á nadie en este sitio... (*á un lado*) Colocad las centinelas.

BOURDICHON.

Yo por herido estoy esento de servicio. Vamos adentro, Maese Jácome... me pondreis un parche aqui en la coronilla. Ay! ay!

CAPITAN.

Voto á!.. se les ha olvidado poner un centinela á la entrada del puente. (*dando en la espalda á Bourdichon*) O!a, paisano!

BOURDICHON, *volviendo*.

Qué hay?

CAPITAN.

Recoje del suelo esa alabarda, y colócate de centinela á la entrada del puente hasta que

vengan á relevarte. La consigna es no dejar parar á nadie aqui, y dispersar con la fuerza á los grupos si se niegan á obedecer.

BOURDICHON, *aparte*.

Dios me valga! (*alto*) Pero yo...

CAPITAN.

Vamos! pronto!.. Es orden del Condestable. (*á los arqueros*) Seguidme.

Vanse.

BOURDICHON.

Pues Señor, no hay remedio.

JÁCOME.

Entonces, Maese Bourdichon, voy á dar una vuelta á vuestro patio que está puesto en el asador hace una hora.

BOURDICHON.

No hay prisa hasta que yo pueda ir á hincarle el diente...

JÁCOME.

No importa, se le hincarán vuestros amigos que han entrado ya por la puerta de la espalda, y le están esperando.

BOURDICHON.

Hombre, no! eso no me tiene cuenta. Eh! dónde vas? escucha.

JÁCOME.

No me puedo parar aqui... es vuestra consigna.

Entra en la taberna.

BOURDICHON.

El diablo te lleve! y á mí tambien... Pues estoy fresco!.. se lo van á comer todo... y yo que tengo un hambre atroz! como no me coma esta alabarda. Por vida de!..

Se pasea furioso.

ESCENA IX.

PERINET, BOURDICHON.

PERINET, *que ha permanecido detrás de la esquina*.

Todos se han ido... ya nadie podrá salir por esa puerta sin que yo le vea. Aunque tenga que estar me clavado dia y noche en este sitio, cumpliré lo que he ofrecido á la Reina.

BOURDICHON.

Estoy tan débil, que ni aun tengo aliento para rezar un padre nuestro! y entre tanto los otros estarán ya en los postres... Si al menos

podiera verlos desde aquí, esto me serviría de consuelo...

Se sienta sobre un banco que hay junto al Chatelet, y desde él mira al balcón de la taberna, apoyado en su alabarda.

PERINET.

Mucho tarda Gervasio!... si le faltara valor? pero no, imposible!... es valiente y honrado y cumplirá su palabra... Siento pasos hacia el otro extremo de la calle... Será él?... Ah! no, son los arqueros... se dirigen aquí... van a obligarme a abandonar este sitio... que haré? Ah! si! no me queda otro remedio.

Se presenta delante de Bourdichon.

BOURDICHON, asustado huyéndose.

Quien va?... Calla, eres tú, Perinet?

PERINET.

El mismo. Vengo a relevaros.

BOURDICHON.

De veras? Santa palabra!

PERINET.

Para que no dudeis os diré la consigna. No dejar parar aquí a nadie.

BOURDICHON.

Eso es.

PERINET.

Pues despatchad.

BOURDICHON.

Con el alma y la vida... ahí tienes mi alabarda, mi espada, mi daga.

PERINET.

Gracias, tengo la mía.

BOURDICHON.

Vales mas que pesas! Con que adios, *(colgando)* Ah! se me olvidaba, si viene por aquí mi mujer, hazla cumplir la consigna; que no se pare en este sitio.

PERINET.

Corriente!... pero márchate ahora.

Le empuja dentro.

BOURDICHON, entrando en la taberna.

Si podre pescar todavía algun alon.

PERINET, colocándose en su puesto.

Aquí están los arqueros.



ESCENA X

PERINET, la PATRULLA, que sale de la calle.

El jefe se acerca a Perinet. Es de noche.

PERINET.

Quien va?

CAPTAN.

Os traigo la contraseña, centinela.

Se la da al oído y continúa su ronda.

ESCENA XI

PERINET, después GERVASIO.

PERINET.

Ya se alejan... y nada tengo que temer... Nadie puede sospechar mis intenciones... Hacia donde caerá su prision?.. pobre Caballero! si vive todavía, yo le salvaré; aunque el mundo entero se oponga.

GERVASIO, asomándose por el parapeto.

Perinet! Perinet!

PERINET, dejando su alabarda arrimada al Chatelet.

Es su voz! Gervasio! venga tu mano! La impaciencia con que te esperaba me había hecho desconfiar de ti.

GERVASIO.

Eso es injuriarme! Os debo la vida y soy agradecido... Me dijisteis que estuviera aquí al anoecer y ya veis si soy puntual.

PERINET.

Trajiste la barca como te lo advertí?

GERVASIO.

Ahí está... debajo del puente.

PERINET.

Está bien... vé á colocarte en ella, y no te muevas de allí hasta que yo te arroje esta cruz.

GERVASIO.

Y entonces?..

PERINET.

Entonces... toma tus remos y separate de la orilla... Aunque oigas voces y ruido de armas no te detengas un momento. Sal cuanto antes de Paris y ve á buscar a la Renna donde quiera que se halle. Ya esté prisionera en poder de

los Armagnacs, o libre entre sus fieles defensores, procura verla ó presentarla esta cruz dichosa: Perinet me envía!.. La Reina de Francia te lo premiará algún día... A dónde vas?

GERVASIO.

A esperar en mi puesto.

PERINET.

Bien! así te quiero yo... Ahí tienes ese dinero para abreviar tu camino cuanto sea posible... La Reina contará con ansiedad cada minuto que pasa... Ahora abrázame por si no nos volvemos á ver: no te detengas.

Gervasio haja por donde subió: Perinet le sigue y le habla bajo asomándose por la barandilla del puente.

PERINET.

Con cuidado!.. amarra la barca en el último pilar... y ten dispuesto el cuchillo para cortar la cuerda.

La puerta del Chatelet se abre en este momento y sale el Condestable acompañado del Capitan y unos cuantos arqueros que pasan en silencio.

ESCENA XII.

La noche es oscura.

CONDESTABLE, CAPITAN, ARQUEROS,
PERINET.

CONDESTABLE, *con un pergamino en la mano que viene enrollando, y le guarda en seguida debajo de la coraza.*

Bien! gracias al tormento, Bourdon ha confesado cuanto yo queria... Isabel está perdida... *(al verdugo que se ha quedado en el umbral de la puerta)* Os vuelvo á encargar la mayor prudencia y esactitud en la ejecucion de mis órdenes... que nadie pueda verle el rostro: lo entendeis?

El verdugo saluda y entra cerrando la puerta. Perinet sigue en la misma posicion y no ha visto nada de esta escena.

CONDESTABLE.

Capitan, se han puesto las centinelas en los puntos que mandé?

CAPITAN.

Sí Señor; pero si todos están tan bien guardados como este? mirad.

Señalando la alabarda.

CONDESTABLE.

Esa arma debe ser de aquel aragan que se

está entreteniendo en ver correr el agua.

PERINET, *retirándose de la barandilla.*

Todo va perfectamente! y...

CONDESTABLE.

De quién es esta alabarda?

PERINET, *reconociéndole.*

Mia! Cielos, el Condestable!

CONDESTABLE.

Desarmadle al momento.

Le rodean y le quitan la espada, entretanto se abre la puerta de la taberna y aparece Jácome, Bourdichon y algunos paisanos con hachones.

ESCENA XIII.

DICHOS, JÁCOME, BOURDICHON, y PAISANOS.

BOURDICHON, *saliendo.*

Buenas noches, Maese Jácome... Qué es eso? Ah! una ronda.

JÁCOME.

Y mandada por un jefe ilustre... El Condestable!

BOURDICHON y PAISANOS, *descubriéndose.*

El Condestable!

CAPITAN, *presentando á Perinet delante del Condestable desarmado.*

Ahora el mal soldado queda ya convertido en villano despreciable.

BOURDICHON y PAISANOS.

Perinet!

CONDESTABLE.

Vecinos de Paris, *(Perinet cruzando los brazos mira al Condestable y espera con calma)* es este el modo con que respondeis á la confianza que el Rey os dispensa? Se os reparten armas y se os confia la guardia de la ciudad, y abandonais vuestras armas y vuestros puestos? *(á los paisanos)* A ver uno de vosotros á reemplazar á ese tunante. *(dando la alabarda á Bourdichon)* Toma tú.

BOURDICHON, *tomándola.*

Está visto! Siempre he de ser yo la víctima.

CAPITAN, *á los paisanos.*

Y vosotros despedad.

CONDESTABLE.

No... que se queden. Quiero darles una leccion que les sirva de escarmiento y les enseñe á ser mas vijilantes en lo sucesivo.

PERINET, *aparte*.

¡Ah! si voy a morir, quien llevara a la Reina noticias de Bondon!

CONDESTABLE.

A ver, dos arqueros, *(se adelantan)* Sacad las espadas *(demostración de espanto a los paisanos)*. Perinet se muestra impaciente y conlata ocho palos con las vainas sobre las espaldas de ese mozo.

PERINET, *retrocediendo*.

Que oigo! un castigo infamante! un castigo de soldado! Mirad Condestable que yo no lo soy.

CONDESTABLE.

Haced lo que he mandado.

PERINET.

Semejante pena no se aplica mas que a los esclavos, y yo soy libre, Conde de Armagnac.

CONDESTABLE.

Me mantengo en lo dicho por lo mismo que te llega tan al alma.

Los soldados se acierten a Perinet, pero este los rechaza violentamente y agarra el brazo del Condestable.

PERINET.

Oh! no lo haréis! no lo haréis... dadme primero la muerte! *(el Condestable rechaza a Perinet)* Mirad que Perinet Lectes no perdonara nunca a nadie semejante ultraje... a nadie! lo oís?... ni al mismo Rey!... Mirad que si después de tal afrenta me dejáis la vida la consagraré a la venganza: y yo os juro que me vengaré.

PAISANOS.

Perdon! perdon!

CONDESTABLE.

Silencio!... Ni las suplicas ni las amenazas me han hecho nunca vacilar en mi resolución... *(a los arqueros)* Pronto! ocho palos á ese canalla, pero aplicados de modo que se acuerde toda su vida del Condestable.

PERINET.

Oh! mi vida por mi honor!

CONDESTABLE.

Basta de palabras... Capitán, haced ejecutar ahora mismo la sentencia en el patio del Chatelet. Los centinelas de las prisiones tienen necesidad de presenciar un castigo que les sirva de escarmiento.

Los soldados atan las manos á Perinet en el fondo del teatro: mientras tanto Jacome y los demas paisanos hablan a la izquierda del prisionero.

JACOME, *en voz baja*.

Dar de palos a un paisano, eso no se ha visto nunca.

UN VECINO.

No debemos sufrirlo.

TONOS.

No! no!

JACOME.

Los soldados son pocos, y nosotros todos tenemos cuchillos y dagas.

TONOS.

A ellos...

CONDESTABLE, *volviéndose*.

Que significa esto? Murmullos, amenazas!... Veamos, cual de vosotros se atreve a atacar!... le de manos de mis arqueros, *(el pueblo retrocede delante del Condestable)*. Perinet, *valiéndose de soldados se adelanta al Chatelet*. Capitán, dejad las puertas abiertas: quiero que esta canalla vea desde aquí la ejecución.

Los soldados echan con Perinet en el Chatelet, dos centinelas se colocan en las puertas que quedan abiertas. El Condestable ocupa el centro del teatro con algunos arqueros. El pueblo apurado a la izquierda del proscenio mira con inquietud el interior del Chatelet. Bourdichon se para en su alabarda: todos quedan en el mas profundo silencio.

BOURDICHON, *aparte*.

Que hombre tan atroz! Pobre Perinet!... Cuando pienso que podía haberme sucedido otro tanto!... Ay Dios mío! ya empiezan, *(se oye los golpes de los palos que dan a Perinet; movimiento de espanto del pueblo)*. Bourdichon cuenta los palos. Tres! Cuatro! Cinco! se me figura que me los dan a mí... Siete, ocho!... Ah! gracias á Dios que se acaba.

UN HOMBRÉ, *a media voz á los otros*.

Es una infamia!

JACOME, *idem*.

Silencio! aquí vienen.

Perinet sale con los soldados del Chatelet sin torripilla, que trae uno de los arqueros: sus facciones están alteradas.

PERINET.

Oh! la vergüenza y el despecho me ahogan.

CONDESTABLE.

Ahora soldado, Capitán, *(de desatán)* y vosotros tened presente que todo el que alando me su puesto llevará el mismo castigo. Las espadas de mis arqueros le marcarán en las espaldas la cruz roja de Borgoña.

PERINET, *aparte*.

¡Ah! la punta de mi daga la marcará mas profunda en tu corazón: yo te lo juro.

CAPITÁN, *separando los paisanos*.

¡Paza al Condestable!

Se vá por el puente. Los paisanos unos le siguen, otros se van por el lado opuesto; la escena queda muy oscura; momentos de silencio.

ESCENA XIV.

PERINET, BOURDICHON, *á la entrada del puente.*

BOURDICHON.

Ya parece que se fueron todos! Pobre Perinet.

Perinet recogiendo su ropilla del suelo donde la dejó un soldado y sacando de ella una daga.

PERINET.

Me habrán quitado mi daga? No... aquí está... Ahora ella sabrá vengarme.

En este momento dan las ocho en un reló lejano.

BOURDICHON, *desde el puente.*

Las ocho... y aun no estoy en mi casa. Bue, no me pondrá mi mujer.

PERINET.

Pero antes... pensemos en cumplir la palabra que le di á la Reina... Si el Caballero está en esa prision... Cielos! la puerta se abre! *(se esconde detrás de la esquina)* que no me vean.

Salen por la puerta del Chatelet dos soldados llevando con mucho trabajo un saco de cuero cerrado, otro soldado les alumbra con un farol y se dirigen hácia el puente.

BOURDICHON, *desde el puente.*

Quién vá!

SOLDADO, *que trae la luz.*

Os diré la contraseña.

PERINET, *observando.*

Qué llevarán esos hombres!

SOLDADO PRIMERO, *á Bourdichon.*

Ahora debeis ser ciego y mudo.

BOURDICHON.

Seré lo que queráis! Dios mio! qué irán á hacer?

Los soldados han colocado el saco á la entrada del puente.

SOLDADO PRIMERO.

Maldita comision para un soldado. Pero ese hombre no viene?

SOLDADO SEGUNDO.

Nuestro oficio acaba aquí.

SOLDADO PRIMERO.

Y el suyo empieza... Con que si quieres llámale.

SOLDADO SEGUNDO.

Será preciso.

Entran lentamente dos soldados en el Chatelet; el de la luz se queda en el puente con Bourdichon.

PERINET.

Esto tiene todas las trazas de una ejecucion secreta. Dios mio! qué idea! será él?... Veamos. *(se acerca casi arrastrando y á favor de la oscuridad al puente, donde dejaron los soldados el saco; se oye un profundo gemido)* No hay duda, él es! valor! y Dios guie mi brazo!

Se arroja sobre el soldado y le hace caer de una puñalada. Bourdichon echa á correr y se mete en el Chatelet.

BOURDICHON.

Virgen Santísima, amparadme!

PERINET.

Huid, Caballero! *(Perinet rompe el saco con su daga y aparece Bourdichon pálido y desfigurado)* En la puerta de San German nos reuniremos. Huid que vienen... vos por ese lado, yo por el otro... *(corre al muelle)* La cruz á Gervasio. *(la arroja)* He cumplido mi palabra.

Huye por la calle. -- El Capitan, el Verdugo y algunos soldados salen apresuradamente del Chatelet.

BOURDICHON, *con voz desfallecida.*

Huir! el tormento no me ha dejado fuerzas... Ah! imposible... Yo muero!

Se desmaya.

SOLDADO PRIMERO.

Se ha escapado.

CAPITAN, *á algunos soldados.*

Corred tras él, por esa calle habrá huido: *(al verdugo señalando al saco)* vosotros acabad con ese.

A una señal levantan al Caballero, le envuelven en el saco y le arrojan al Sena. Al ruido que hace se abre la ventana de la casa que está sobre el puente y aparece un vecino con luz.

VECINO, *gritando.*

Un hombre se ahoga! socorro! salvadle.

VERDUGO, *con voz fuerte subiéndose sobre el puente.*

Dejad pasar á la justicia del Rey.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una tienda de campaña, las cortinas del fondo de la tienda están levantadas y dejan ver el campo y una barrera que divide el terreno perpendicularmente a la tienda; a la izquierda del actor un sillón y una mesa con recado de escribir.

ESCENA I.

DUPUY, GRAVILLE.

DUPUY.

La Reina consiente por fin en recibir mi embajada.

GRAVILLE.

Si, Caballero de Dupuy, en este sitio.

DUPUY.

Y por que no en su palacio de Cruey?

GRAVILLE.

Deberais agradecerlo. Esta tienda destinada a las conferencias que han tenido lugar entre el Duque Juan de Borgoña y vuestro amo el Condestable, está colocada en terreno neutral, y es mas segura para vos que el palacio de Cruey, donde Isabel pudiera acordarse que fuisteis vos quien la arresto en Vincennes.

DUPUY.

Poco duro su prision.

GRAVILLE.

Gracias al Duque Juan que se interpuso con todas sus fuerzas en el camino de Tours, y logro libertarla.

DUPUY.

Y quienes son los que la acompañan á esta entrevista?

GRAVILLE.

Varios Caballeros de su corte, entre ellos los Señores Chateau y Villiers.

DUPUY.

Villiers! ese traidor está ya aqui?

GRAVILLE.

Caballero Dupuy, hablad en mi presencia con mas respeto de un partidario de la Reina.

DUPUY.

Hace ocho dias que lo era del Condestable, á quien ha vendido infamemente, entregando al Duque Juan la ciudad de Pontois, y quereis que no le llame traidor?

GRAVILLE.

Caballero!

DUPUY.

No os tomeis el trabajo de defenderle... él

misimo no lo haria con tanto empeno como vos! le conozco muy bien; hace gala de tal conducta; y si satisface su ambicion o su venganza, no repara en los medios que emplea para ello... se rie de los que le desprecian cuando son sus iguales, y se vengá de los que le afrontan, cuando son mas poderosos que él. Pero dejemos esto; (*mirando adentro*) sino me engaño, la Reina viene ya.

GRAVILLE, *lo mismo*.

Con efecto.

DUPUY.

Me retiro segun hemos convenido, hasta que me envíes á llamar. Ya veis que me someto á todas las condiciones.

GRAVILLE.

Está bien.

Dupuy se vá por la izquierda.

ESCENA II.

ISABEL, MARIA, VILLIERS, GRAVILLE, PAJES, CABALLEROS y HOMBRES *de armas*.

Isabel entra pensativa y triste, Maria la sigue y detras los demas Caballeros.

GRAVILLE, *inclinándose*.

Señora!

ISABEL.

Ha venido ya el enviado del Condestable?

GRAVILLE.

Esta esperando.

ISABEL.

Que aguarde un momento, luego le hareis entrar. Ah! (*dando un suspiro y dejándose caer en un sillón*) no puedo mas! Dios mio! (*aparte*) dadme fuerzas para ocultar mi inquietud y mi dolor á todas las miradas.

Queda un momento pensativa; Maria se acerca. Los cortesanos entretanto hablan entre si observando á la Reina.

VILLIERS, *bajo á Graville.*

Caballero de Graville, la turbación de la Reina me sorprende; la encuentro tan demudada que casi me cuesta trabajo reconocerla. En todo el camino no nos ha dirigido la palabra ni una sola vez. Qué significa esto?

GRAVILLE.

No lo adivináis?

VILLIERS.

Cuánto tiempo hace que notais en ella esa tristeza?

GRAVILLE.

Desde el día en que por orden del Rey fue arrestada en su palacio de Vincennes.

VILLIERS.

Pero estando ya libre...

GRAVILLE.

Otra persona prendieron aquella misma noche que no lo está.

VILLIERS.

Cómo! es posible? La memoria del Caballero de Bourdon...

GRAVILLE.

Silencio! no pronunciéis aquí ese nombre...

Siguen hablando bajo.

MARIA, *bajo á la Reina.*

Señora, volved en vos... dominad vuestra turbación... ved que os están observando.

ISABEL, *bajo.*

Imposible, María, imposible! esta incertidumbre me mata... ocho días sin verle, sin saber de su suerte, cuando su vida se halla en tanto riesgo... y Perinet que me había ofrecido!...

MARIA.

Ah! Señora...

ISABEL.

Si, tienes razón, no es culpa suya; habrá querido cumplir su palabra... habrá querido entrar en el Chatelet, y le habrán asesinado sobre el cadáver de mi desgraciado hijo!

MARIA.

Por Dios! Señora! no habéis así... Perinet no ha podido sin duda salir de París, para traer noticias del Caballero... las puertas de la ciudad están cerradas.

ISABEL, *con interés.*

Quién lo ha dicho?

MARIA.

El Señor de Villiers que acaba de llegar.

ISABEL, *levantándose.*

Cielos!

MARIA

Calmaos, Señora.

ISABEL.

Si, si, ya estoy tranquila. Perdonad, Señores... *(alto á los Caballeros)* La agitación del camino me ha obligado á permanecer unos instantes en silencio para descansar. Baron de Villiers, vos que habéis pasado cerca de París, no sabéis nada de lo que allí sucede?

VILLIERS.

No es fácil, Señora; están cerradas las puertas de la ciudad, y no se permite salir á nadie.

ISABEL, *con interés.*

Cuándo se ha dado esa orden?

VILLIERS.

La misma noche en que os arrestaron, á consecuencia de un movimiento popular.

ISABEL.

Y toma semejantes precauciones para ocultarme ese suceso?

VILLIERS.

O tal vez, según dicen, para ocultar alguna ejecución importante, verificada en el Chatelet aquel mismo día.

ISABEL.

Ah! qué decís! *(dando un grito y volviéndose á caer en el sillón)* Mi hijo! *(aparte)* han asesinado á mi hijo! Dios mío! y querían ocultármelo!

VILLIERS, *acercándose.*

Qué tenéis!...

MARIA, *bajo.*

Señora!

ISABEL.

No es nada... *(levantándose y con energía)* nada... queréis que oiga tranquila la desgracia de mis leales partidarios sacrificados por el Condestable? Oh! Armagnac! Armagnac!... quién vengará tanta sangre como derramase? Quién me vengará de ti?

VILLIERS, *bajo á la Reina.*

Yo!

ISABEL, *alto.*

Vos!

VILLIERS, *bajo.*

Silencio!... el enviado del Condestable...

ISABEL, *aparte.*

Oh! no quiero que mi turbación me degrade á su vista... Quiero acordarme de que soy Reina.



ESCENA III.

DICHOS, DUPUY, GRAVILLE.

ISABEL.

Bien? *La Dupuy que se inclina delante de ella.* Caballero Dupuy, parece que ahora no hay que recordarnos como en Vincennes, que a la Reina se la habla siempre descubierto... que me quiere vuestro dueño?

DUPUY.

El Condestable os pide una entrevista.

ISABEL.

A mí! Y piensa que me fiare en su lealtad!

DUPUY.

Para evitar por ambas partes el recelo de una traición, propone este mismo sitio para la conferencia. Un número de Caballeros igual al de los que componen vuestra escolta, acompañara al Condestable. Esa barrera separara a las dos escoltas, que se colocarán a veinte y cinco pasos de la tienda: un solo Caballero por cada parte guardara su entrada, y el Condestable dejara su espada y su daga para entrar aquí.

ISABEL, *aparte.*

Un solo hombre le acompañará.

DUPUY.

La Reina fijará el número de Caballeros que han de acompañarla.

ISABEL, *aparte.*

Sin armas!

VILLIERS.

La Reina hará bien en escojer á los mas fieles...

DUPUY.

Y por qué, Señor Baron? El Condestable es por ventura algun traidor? Ha entregado á los enemigos de su pais alguna plaza que le hubiese confiado el Rey?

VILLIERS, *riendo.*

Como yo, por ejemplo; no es eso lo que queréis decir?

DUPUY.

Bien hizo el Condestable cuando, el dia en que sospechando vuestra alevosia, os llamó traidor y cobarde delante de toda la corte.

VILLIERS.

Miente quien lo diga!

ISABEL.

Basta ya, Señores! os olvidais de que estoy yo aquí?... Y para cuando seña la *la Dupuy* esa entrevista?

DUPUY.

Para ahora mismo.

ISABEL.

El Condestable está tan cerca?

DUPUY.

A cincuenta pasos de aquí, esperando vuestra respuesta.

ISABEL.

Muchole interesa; y si me niego á la entrevista?

VILLIERS, *aparte, á la Reina.*

No hagáis tal.

DUPUY, *dándole un pergamino.*

En ese caso me ha mandado que os entregue esta carta.

ISABEL, *desarrollándolo.*

Ayer... *mirando Cielos!*...

VILLIERS, *observando y aparte.*

Qué será?

ISABEL, *leyendo, aparte.*

« La vida del Caballero de Bourdon depende de esta entrevista. » *alto á Dupuy*— Podeis avisar al Condestable, que estoy pronta á recibirle. *Dupuy se inclina y se va con Vivarille.* ¡A su comitiva! Dejádme sola.

Todos se retiran menos Villiers, que se queda en el fondo observando á la Reina.

ESCENA IV.

ISABEL, VILLIERS.

ISABEL, *creyéndose sola y mirando el pergamino.*

Bourdon vive aún? Será posible? Si me engañará este hombre?

VILLIERS, *alto, acercándose.*

Creo que sí.

ISABEL.

Vos aquí, Baron!... me habeis oído?... pero no importa; decís que me engaña?

VILLIERS.

Es muy posible.

ISABEL.

Oh! si así fuese, daría mi vida por vengarme.

VILLIERS.

Yo me encargo de eso.

ISABEL.

Gracias, Baron... Vos tambien odiais de muerte al Condestable, no es cierto? Sé que os ha insultado delante de toda la corte.

VILLIERS.

Dos hombres debe haber á la entrada de esta tienda, durante la entrevista. Yo puedo ser uno de ellos... el otro no será temible, si se llama Saberny, Montfort ó Durgemont; porque Armagnac confia en ellos, y los tres le aborrecen á cual mas.

ISABEL.

Qué intentais?

VILLIERS.

A una señal convenida, puedo arrojarme sobre el Condestable y herirle gritando: «traicion...» y esta señal puede ser una palabra vuestra, un jesto insignificante para todo el mundo; tal... como cojer vuestro velo de manos de una camarera.

ISABEL.

Un asesinato! Ah! no! Tal vez él no se atreva á asesinar á Bourdon.

VILLIERS.

Y si Bourdon hubiera ya perecido?

ISABEL.

Oh! entonces seria yo capaz de todo. Maria me acompañará: pero sin que yo haga la señal...

VILLIERS.

Nada intentaré.

ISABEL.

Está bien.

VILLIERS, *mirando al fondo.*

Dupuy vuelve ya.

DUPUY, *entrando por la izquierda del fondo.*

El Condestable me sigue.

ISABEL.

Dentro de un momento le recibiré... voy á dar algunas órdenes á mi comitiva. El Baron arreglará entretanto con vos el modo de dar cumplimiento á las condiciones establecidas.

La Reina se retira por la derecha del fondo.

ESCENA V.

DUPUY, VILLIERS.

DUPUY, *con ironía.*

Se conoce que la Reina entiende de jueces

de campo, pues ha escojido para serio suyo, al traidor mas experimentado que se conoce.

VILLIERS.

Caballero Dupuy, basta de insultos; ya llegará el tiempo en que arreglemos nuestras cuentas... Ahora tratemos del Condestable. Podeis, si os place, reconocer la tienda, para asegurarnos de que por nuestra parte no puede haber emboscada ni sorpresa.

DUPUY.

Dios lo quiera! De todos modos os aseguro que no nos dormiremos.

VILLIERS.

La escolta de la Reina se compone únicamente de diez hombres de armas.

DUPUY.

Otros tantos acompañarán al Condestable.

VILLIERS.

Un solo Caballero quedará á la puerta durante la entrevista. La Reina me ha nombrado á mi.

DUPUY.

El Condestable ha escojido al Señor de Saverny.

VILLIERS, *aparte.*

Perfectamente! Saverny es de los nuestros. *(alto)* La Reina desea que la acompañe una de sus camareras.

DUPUY.

Está bien. Si os parece podemos dar la señal.

VILLIERS, *desde su puesto.*

Como gustéis. *(Dupuy y Villiers hacen una seña y se oye una trompeta: los dos jueces se colocan en la entrada de la tienda, apoyando la mano en la barrera que los separa. Varios Caballeros y hombres de armas de los dos partidos guarnecen lo exterior de la tienda.)* Plaza á la Reina!

DUPUY, *idem.*

Plaza al Condestable! *(la Reina y el Condestable aparecen cada uno por distinto lado, y se quedan parados á la entrada)* Y ahora, nos los jueces del campo, declaramos no haber por ninguna parte engaño ni traicion; y en prueba de ello, damos nuestra palabra y fe de Caballeros.

Se dan las manos.

ISABEL, *mirando á todos lados.*

Como no está aquí Maria? Señor de Graville,

recordadle la orden de no separarse de mí, *bajo a Villiers*) Cuando me ponga el velo...

MUJERES, *en alta voz dirigiéndose a la izquierda*.

A veinte y cinco pasos los hombres de armas del Condestable.

MUJER, *lo mismo, a la derecha*.

A veinte y cinco pasos los hombres de armas de la Reina.

A esta vez se alejan los hombres de armas y la comitiva, y caen las cortinas de la tienda.

ESCENA VI.

ISABEL, *el CONDESTABLE con un pergamino en la mano*.

ISABEL, *aparte, sentándose*.

Ya está en mi poder.

CONDESTABLE, *aparte, mirándola*.

Oh! bien sabía yo que vendría! *alto acercándose a la Reina con aire decidido* Os doy gracias, Señora, porque habéis tenido la bondad de acceder á esta entrevista. Confieso que temía que la Reina no se acordase demasiado del diablo Vincennes.

ISABEL.

Y porque me veis aquí, creéis que lo he olvidado? Os engañais! Tal vez eso solo me haya decidido á venir. *levanta la cabeza hacia donde está Villiers, y la cortina se levanta de modo que vea al Barón. El Condestable está colocado de modo que no puede verle* Despachaos, Condestable, estoy impaciente por llegar al término de esta entrevista.

CONDESTABLE.

Seré breve, Señora, y no trataré de discutir mi conducta pasada; esperaré tranquilo la recompensa de ella, bien me venga del Rey ó de vos. Es inútil que procuremos uno y otro ocultarnos nuestros sentimientos. Yo soy vuestro enemigo, y el fuego que brilla en vuestros ojos, el temblor convulsivo de vuestros labios, me demuestran claramente que me aborrecéis. Sin embargo, la fuerza de los acontecimientos, reúne á veces dos partidos opuestos... y he aquí lo que ha ocasionado nuestra entrevista. El de Borgoña y yo, nos hemos declarado la guerra; teniendo al Rey en mi poder, que puse su firma bajo todos mis actos, la victoria es indudablemente mía; pero la alianza de Isabel de Baviera, proclamada aunque ilegítimamente

Rejenta de Francia, puede dar al Duque Juan fuerza para prolongar la lucha: entretanto los ingleses avanzan, y bien pronto herirán de muerte a la Francia. Isabel, os convino con la paz, os suplico que abandonéis mi partido, de que sois el alma y la esperanza... *bajando la voz* y no se verterá una sangre que os es muy preciosa. En cambio de vuestra firma en este tratado, os ofrezco la vida del Caballero de Bourdon...

ISABEL, *con ironía*.

Basta, Condestable; basta. Pensais que voy á creer en vuestras promesas? Seria preciso estar loco, tan loco como el Rey Carlos, y... miradme bien, en mis ojos vereis odio y desprecio, pero no locura.

CONDESTABLE, *bajo*.

Oh! dejad esas ironías para otra ocasion, Señora: Bourdon es vuestro hijo, y rescataréis su vida á cualquier precio, porque su vida es la vuestra.

ISABEL, *lo mismo*.

Si, si, tienes razon, es mi hijo... y mi vida... mi honra... mi trono, que tanto ambicionas... cien mas que hubiera tenido... los hubiera puesto á tus pies, diciéndote... Vuélvemele!... Hubiera hecho esto, cuando Bourdon entre Vincennes y Paris, estaba aun entre la vida y el suplicio; pero despues de haberle tenido seis dias en tu poder, despues de haberle encerrado en el Chatelet, cuyas puertas son lo mismo que las del sepulcro, te atreves á hablar de devolvérmele? y aun estoy aquí y te escuchando!... *mirando al fondo y aparte* Cuánto tarda María!

CONDESTABLE.

Y quién os ha dicho que el Caballero de Bourdon ha muerto?

ISABEL.

Creiste que cerrando las puertas de Paris, el ay! de un hijo moribundo, no llegaria hasta el corazon de su madre?

CONDESTABLE.

Pero qué os prueba que Bourdon ha muerto?

ISABEL.

Y que me prueba que vive?

CONDESTABLE, *con frialdad*.

Esta carta suya.

ISABEL.

Suya?

CONDESTABLE.

Mirad.

ISABEL, *después de un momento de silencio.*

Si, suya es... Cielos, el tormento! el tormento!.. infeliz! y te has atrevido á arrancar de sus lábios, comprimidos por el dolor de la tortura, una confesion semejante... una calumnia, porque tú sabes muy bien que lo es. Te has valido del delirio de un hijo moribundo para deshorrar á su madre! Oh! esto es horrible!.. y aun me hablas de su vida... Ah! no... Este escrito es para mi la prueba de su muerte, lo mismo que si mi hijo la hubiese trazado con su sangre... como si yo hubiese oído sus gritos... como si hubiese presenciado su suplicio... (*aparte*) No vendrá María!.. (*con furor*) Condestable, en vano intentáis engañarme; el corazón de una madre no se engaña nunca, y el niño siente aquí entre los dos algo que me grita muerte y venganza! (*vé á María que con el velo en la mano abre precipitadamente la cortina y se detiene al ver al Condestable*) Aquí está por fin! (*en este momento se levanta la cortina. Villiers echa mano á su daga; María se acerca á la Reina y la presenta una cruz de oro. Al verla Isabel enmudece, deja caer el brazo que tenía levantado para cojer el velo y le apoya en el sillón*) Mi cruz! mi cruz! Qué iba yo á hacer!

El Condestable ha visto el movimiento de la Reina, moverse la cortina, y pasar el rostro de Villiers: echa mano á la daga, después mira con inquietud á la Reina.

CONDESTABLE.

Isabel! he dejado entre mis soldados un hombre, cuya cabeza me responde de la mia.

ISABEL, *aparte.*

Si, sí, no hay duda!.. es mi cruz... vive y yo iba á darle la muerte!.. (*alto*) hablasteis de un tratado... veamos... Leed.

CONDESTABLE.

«Nos la Reina de Francia; reconociendo que un movimiento inconsiderado nos arrastró al partido de un rebelde, declaramos abandonar para siempre la causa del Duque Juan de Borgoña, jurando no ayudarle mas en nada de cuanto emprenda contra el Rey mi Señor, con la sola condicion de que se ponga en libertad, y no se vuelva á inquietar en lo sucesivo al Caballero de Bourdon.»

ISABEL.

Y si firmo?

CONDESTABLE.

Bourdon estará aquí antes de una hora. Ya veis que ese tratado no tiene valor si por mi

parte no cumplo las condiciones.

ISABEL, *después de reflexionar un momento.*

Oh! mi honra y mi felicidad por la vida de mi hijo!

Vá á la mesa y firma.

CONDESTABLE, *aparte.*

Ya firmó!

ISABEL, *dándosele.*

Tomad.

CONDESTABLE, *aparte, tomándole.*

Has firmado tu deshonor, Isabel!

ISABEL, *aparte.*

Una vez libre mi hijo, será nulo... yo te lo juro.

MARIA.

Ya veis, Señora, que Perinet ha cumplido su palabra.

ISABEL.

Silencio!

Suena una trompeta y se abren las cortinas de la tienda.

VILLIERS.

Los hombres de armas de la Reina!

SAVERNY.

Los hombres de armas del Condestable!

CONDESTABLE, *saludándola.*

A Dios, Señora: vuelvo á Paris; donde el pueblo aplaudirá mañana vuestro nombre con entusiasmo.

ISABEL, *bajo.*

Id, Condestable: (*alto y mirando á Villiers que ha hecho un movimiento*) me habeis dicho que dentro de una hora!.. id, y Dios os guarde!

El Condestable se vá con sus hombres de armas.

ESCENA VII.

ISABEL, MARIA, VILLIERS, GRAVILLE y CABALLEROS.

ISABEL, *á María.*

Dónde está Perinet? quiero verle.

MARIA.

No ha sido él quien me ha dado la cruz, sino un hombre que ha enviado con ella.

VILLIERS, *con despecho á la Reina.*

Con que habeis tenido en vuestro poder á vuestro mas mortal enemigo, y le dejais escapar?...

ISABEL.

Si no he tenido valor; me horroriza la idea de un asesinato cometido delante de mí... supongo que no habréis dado ninguna orden en daño suyo!

VULTIERS.

No, Señora: ya que mi mano no ha podido herirle, no quiero que otro me lleve esa ventaja. Gracias a vuestro temor, ya estará lejos de aquí.

ISABEL, *aparte*.

Oh! Si... va a galope... y dentro de una hora... antes acaso... Señores, volvamos a Crucey; *(alto a los cortinistas)* allí os dare cuenta de mi entrevista... Caballero de Graville, qué miráis con tanta atención?

GRAVILLE.

Un hombre que apenas se descubre al través de la nube de polvo que levanta su caballo.

ISABEL.

Por qué correa tanto?

GRAVILLE.

Viene hacia nosotros... mirad.

MARIA.

Ah! Señora... ¿será!...

ISABEL.

Bourdon!... tal vez se habrá escapado... Ah! si yo lo hubiera previsto!

GRAVILLE.

Se apea y pregunta por la Reina.

ISABEL.

Que venga!... que venga!

MARIA, *que ha ido á ver*.

Ah! Señora, él es!

ISABEL.

Bourdon?

MARIA.

Perinet.

Perinet cubierto de polvo y de sudor se presenta en la tienda.

ESCENA VIII.

DICHOS, PERINET.

ISABEL.

Perinet!... ven acá, mi valiente y leal servidor... Has cumplido tu palabra. *(enseñándole la cruz)* Pide todo cuanto quieras.

PERINET, *aparte*.

Qué desgracia! Gervasio ha llegado prime-

ro. *(alto)* Señora, oídme... oídme por Dios, un momento a solas!

ISABEL, *con inquietud*.

Que sucede? Retiraos.

PERINET, *bajo, á Maria*.

Tu puedes quedarte.

Los Caballeros se van: las cortinas vuelven á cerrarse.

ESCENA IX.

ISABEL, PERINET, MARIA.

ISABEL.

Aa estamos solos, Perinet.

PERINET.

Vais á maldecirme, Señora. Os he enviado un mensaje de esperanza y de alegría.

ISABEL.

Si... mi cruz... mirad: qué feliz me has hecho!

PERINET.

Debia haberos enviado mi puñal.

ISABEL, *dando un grito*.

Qué dices?

PERINET.

Bourdon ha muerto!

ISABEL.

Muerto! Dios mío! muerto! imposible! y la cruz? por qué me has enviado la cruz si ha muerto mi hijo? Ah! me has engañado! me has vendido!

PERINET.

Yo no sabía cuando le arranqué de las manos de sus verdugos... Cuando le grité huid! oh! no sabía que no podía huir... que el tormento le había quebrantado todos los huesos... no sabía que el día siguiente hallaría su cadáver en el río!

ISABEL.

Ha muerto!... sin que yo haya puesto ningún medio para salvarle! aunque hubiera sido necesario arrojarle á los pies del Rey y confesárselo todo. Ha muerto! y su asesino estaba aquí ahora!... hace un momento!...

PERINET.

Armagnac?

ISABEL.

Si, Armagnac... y yo pude matarle y vengar á mi hijo con una sola palabra... insensata! y no lo hice!... al contrario, hubiera pro-

tejió su fuga, me hubiera interpuesto delante de los puñales que le amenazaban... Oh! y creí que me volvería á mi hijo.... que no me engañaba.... ó mas bien, tú le has salvado, Perinet.... á no ser por tí hubiera despreciado sus protestas, sus juramentos.... á no ser por tí no se reíría de mi credulidad.... no se llevaría en triunfo ese tratado.... esa prueba de mi deshonra.... ah! Perinet, tú tienes la culpa de todo!

PERINET.

Lo sé, pero tal vez puedo evitar aun vuestra deshonra y vengar á vuestro hijo.

ISABEL.

Tú?

PERINET.

Sí, Reina, escuchadme: el que os entregue al Condestable dormido, indefenso.... el que abra las puertas de París á vuestros soldados, os hará sin duda mas bien que mal os he hecho yo.... y á ese le concederéis una gran merced, no es cierto?

ISABEL.

Oh! le daría la mitad de mi vida.... Pero tú no puedes ser ese hombre.

PERINET.

Yo lo seré.

ISABEL.

Cómo?

PERINET.

Mi padre es alcalde de la puerta de San Germain, y yo puedo abrirla á vuestros soldados.

MARIA.

Ah! tu no harás eso, Perinet.

ISABEL.

Silencio, Maria.

PERINET, *después de un momento de pausa.*

Os abriré las puertas.

ISABEL.

Qué te ha hecho el Condestable?

PERINET.

Qué me ha hecho? no me lo preguntéis.... me habéis prometido una merced; cumplid vuestra promesa, yo cumpliré la mía.

ISABEL.

Habla: qué quieres? la mano de Maria?

PERINET.

No: hasta que me vengue no soy digno de ella.

MARIA.

Qué dices?

ISABEL.

Quieres oro?

PERINET.

No.

ISABEL.

Honores.... nobleza?

PERINET.

Tampoco.... no sois Rejenta de Francia?

ISABEL.

Sí.

PERINET.

Teneis derecho de vida y muerte, y un sello real que puede conferir vuestro poder al portador de un pergamino sellado por vos.

ISABEL.

Acaba.

PERINET.

Necesito ese pergamino sellado concediéndome en él la vida de un hombre.... una vida con la que pueda hacer lo que quiera, y que tendré derecho para disputar al mismo verdugo.

MARIA.

Ah! qué es lo que pides, Perinet?

PERINET, *á la Reina.*

Vacilais, Señora?

ISABEL.

No, si antes me juras que esa vida no es ni la del Rey ni la del Delfín.

PERINET.

Os lo juro.

ISABEL, *escribiendo.*

Pues bien, te la concedo. «Yo, Isabel de »Baviera, Rejenta de Francia, » Me entregará á París? «encargada por imposibilidad »mental del Rey nuestro Señor del gobier- »no y de la administracion del Reino, » Vengará la muerte de mi hijo, no es cierto? «cedo »á Perinet Lecree mi derecho de vida y muerte sobre" el nombre?...

PERINET.

Sobre el conde de Arnagnac, Condestable de Francia.

ISABEL.

Ah! es para quitársela para lo que me pides su vida.... no es cierto? (*firma*) toma.

PERINET.

Gracias.

MARIA.

Qué horror!

PERINET.

Ahora, un hombre á propósito con quien me pueda concertar.... poco importa que sea noble ó villano, con tal que quiera y pueda ayudarme.

ISABEL.

Marta, que llamen al Señor de Villiers.... ese odia al Condestable tanto como tú.

ESCENA V.

DICHOS, VILLIERS.

ISABEL.

Venid, Baron: este joven que aquí veis va á entregarnos las llaves de París.

VILLIERS.

Que digo?...

HERNÁN.

Podéis responderme de cincuenta lanzas?

VILLIERS.

Tengo mil hombres de armas en la ciudad de Pontois, de la que soy Gobernador.

ISABEL.

Yo me unire á ellos con la guarnición de Cruey, quiero ser de la jornada.

HERNÁN.

Pues á caballo!

Los Caballeros entran á esta voz.

ISABEL.

Señores! París y el Condestable estarán bien pronto en nuestro poder. Señores, á caballo!

TODOS.

Á caballo! á caballo!

Todos desenvainan las espadas.

ACTO CUARTO.

Aladerecha del espectador en las dos primeras casas la puerta de San German, siguiendo la muralla que se prolonga hacia el fondo y desaparece por detrás de la casa de Lecrec, que ocupa una tercera parte de teatro; esta casa tiene dos pisos.

ESCENA I.

LECREC, MARTA, JÁCOME y JENTE del pueblo.

Al levantarse el telón Lecrec está á la puerta de su casa, Marta dentro, Jácome y la demás jente junto á la puerta de San German dando golpes, y un centinela en lo alto de la muralla.

JÁCOME.

Vamos! Maese Lecrec, abrid por Cristo!

VARIOS.

Si, si: abrid.

LECREC.

Hasta que vuelva el Condestable nadie puede salir.

JÁCOME.

Siempre lo mismo! pardiez que ya dura demasiado la prohibición.

VARIOS.

La puerta! la puerta! abrid.

CENTINELA.

El Rey! abrid al Rey y al Señor Condestable.



ESCENA II.

DICHOS, el REY, el CONDESTABLE, ARQUEROS, SOLDADOS y TROMPETAS.

Lecrec abre la puerta y entran primeramente las trompetas tocando, despues unos cuantos arqueros, y en seguida el Rey en un caballo blanco, llevando á su izquierda al Condestable, tambien á caballo y con armadura completa. Los arqueros y el Rey atraviesan el teatro; este sale muy abatido inclinando la cabeza hacia el pecho.

CONDESTABLE.

Qué es esto? (deteniéndose en medio del teatro, qué motiva esos gritos que han llegado hace poco á mis oídos? Es posible que cada vez que entre el Rey en su buena ciudad de París ha de escuchar estos ahullidos sediciosos? Herald! haz tu deber.

JÁCOME, bajo á Marta.

Habéis reparado que triste está el Rey!

MARTA, lo mismo.

Pobre hombre! parece una estatua.

HERALDO, leyendo.

« De orden de nuestro Rey y Señor Carlos, « sesto de este nombre! Por cuanto de las confesiones de un tal Caballero de Bourdon, resulta que entre él y la Reina existía una

« amistad criminal: por cuanto la susodicha
 « Señora, olvidándose de todos los deberes,
 « ha propuesto á nuestro buen Condestable un
 « tratado por el cual se obliga á abandonar á
 « sus nuevos aliados á condición de que le vuel-
 « van sano y salvo al de Bourdon; y mediante
 « á que por esta cláusula del tratado firmado de
 « su puño, confiesa y proclama la susodicha
 « Señora el crimen que se la imputa: hemos
 « venido á resolver, validos de las personas de
 « nuestro Consejo, que sea despojada la suso-
 « dicha de su título y privilegios de Reina, dan-
 « do por nulos y de ningún valor sus actos
 « y desterrándola perpétuamente de nuestro
 « reino. »

El Condestable precedido del Herald y siguiéndole Dupuy y varios arqueros, desaparecen por detrás de la casa de Lecrec. La noche cierra del todo.

MARTA.

Virgen Santa! la Reina desterrada!

JACOME.

Eso quiere decir que el Condestable es ahora el mas fuerte: por si ó por no lo mejor es estarse quieto.

CAPITAN.

Eh! buena jente! El Señor Condestable ha dado la orden de que al cerrar la noche no haya alma viviente por las calles. Cada uno á su casa, sino quiere que se le trate como espía ó enemigo.

JACOME.

Vaya! que es bueno! dentro de poco no podrá uno salir de su tabuco!

El Capitán y los soldados que le acompañan van despejando la jente y desaparecen por detrás de la casa de Lecrec. Marta entra en ella mientras aquel ha ido á cerrar la puerta de la muralla, y vuelve á salir cuando se queda sola la plaza.

ESCENA III.

LECREC, MARTA *en la plaza.*

MARTA, *sentándose delante de la puerta.*

Estoy como quien vé visiones, Maese Lecrec! Pobre Señora! y ese maldito Condestable... yo no sé cómo se le puede sufrir... si todos venían como yo! con que á lo que veo aprobais lo que ha hecho? sois como mi marido Bourdichon, que despues de haber estado preso cuatro dias en el Chatelet, ha salido mas

Armagnac que nunca. Pues no esperaba con poca impaciencia la venida del Condestable!... ya!... ya!... está muy creído en que le van á dar una gran recompensa, yo no sé por qué... visiones!... Buenas noches Maese Lecrec... no estais de parlota... mañana vendré á saber si habeis tenido noticias de Perinet... Siete dias sin verle!... pero á donde anda ese muchacho? apuesto á que... vamos, buenas noches. *(al ir á entrar en la calle dá un grito y retrocede)* Dios mio! mi marido entre soldados!

ESCENA IV.

DICHOS, BOURDICHON, el CAPITAN *de los arqueros* y ARQUEROS.

MARTA.

A qué vienes tú aquí?

BOURDICHON.

Marta!

MARTA.

Pero qué significa?..

BOURDICHON.

Silencio!

CAPITAN.

De orden del Rey abrid vuestra puerta. Maese Lecrec.

LECREC.

Mi puerta! qué motiva esa orden?

CAPITAN.

La Reina tiene en París varios servidores fieles, y se les anda buscando.

LECREC.

Y en mi casa! nunca lo hubiera creído. Entrad, Señor Capitán, *(entran en la casa, y los arqueros se quedan á la puerta)* ya os sigo.

MARTA.

Explicame tú...

BOURDICHON.

Silencio!

MARTA.

Mas si pensarás hacerme callar?

BOURDICHON.

Nunca he tenido esa pretension.

MARTA.

A quién andan buscando?

BOURDICHON.

A Perinet... Chit!

MARTA.

Ay Dios mio! y por qué?

BOURDICHON.

Porque al Condestable le place verle colgado cuanto antes.

MARTA.

Dios de misericordia! pues qué ha hecho?

BOURDICHON.

Una cosa que me sobrecorrió tanto, que me hizo entrar en el Chatelet, donde me han prescisado a decir... en fin yo no me entiendo.

MARTA.

Pero ese muchacho no está aquí.

BOURDICHON.

Toma! ya lo sé. Si así no fuese, les hubiera yo traído?

MARTA.

Con que tu le has delatado? Maldito Judas.

BOURDICHON.

Marta! ya quisiera yo verte tumbada en una cama de cordobán, metidos los brazos en unos brazaletes de hierro, capaces de hacer ceniza los huesos. Si a mas de esto fueses sintiendo poco a poco en los pies un calor mas grande que el del infierno, antes de llegar á churriscarte, yo te juro que delatarías a tu padre y á tu madre... Si, que la cosa es de juego!

MARTA.

Voy á avisar á Lecrec... y á decirle lo que pasa.

BOURDICHON.

Calla maldita! no me comprometas. El Condestable me ha dicho que fuera á hacerle una visita... ahora estoy en gran valimiento con él: soy Armagnac hasta las uñas... no me comprometas.

MARTA.

Es necesario que sepa Lecrec el peligro que corre su hijo.

BOURDICHON.

Marta! por Dios... punto en boca!

CAPTAN, saliendo de la casa con Lecrec.

Está bien, Maese Lecrec... (á Bourdichon) Venis con nosotros?

BOURDICHON.

Mucho que si, Capitan. (cojiendo á Marta del brazo) Vamos querida mía.

MARTA.

Bien; si me llevas, vendré mañana.

BOURDICHON.

Si, mañana es mejor.

MARTA, bajo.

Le diré todo.

BOURDICHON.

Bueno, bueno* (aparte) Si pudiera yo dar-

te mi puesto en el Chatelet, *(alto)* Vamos amonimo!

MARTA.

Buenas noches, Maese Lecrec.

BOURDICHON.

No seas loca... es un Borgoñon... tu quieres comprometerme.

Se van con los aquejos.

ESCENA V.

LECREC, el CENTINELA en la muralla, y después PERINET.

LECREC.

Por mas que reflexiono no puedo dar con la causa de este allanamiento... ha! poco me importa. La conciencia nada me remuerde, y aun puedo dormir con toda tranquilidad. *(entra en su casa, cierra la puerta, coje una mesa y la pone en medio del cuarto)* Vamos allá! tambien tengo que cenar solo esta noche! *(estendiendo el mantel)* mi pobre Perinet no vendrá á hacer compañía á su anciano padre! Perinet! hijos mío! sería quizá el que buscaban esos hombres? Algo ha pasado en la plaza del Chatelet... Perinet no ha vuelto á parecer desde entonces... debí haberle preguntado á Bourdichon... para qué? es una locura tener semejantes temores... La cabeza de un pobre viejo se alarma fácilmente.

Continua disponiendo la cena.

CENTINELA.

Quién vive?

PERINET, por fuera de la muralla y desde muy lejos.

Vecino de Paris.

CENTINELA.

Largo de ahí... ya no se entra.

PERINET, oyendose apenas la voz.

Alcáide... portillo!

CENTINELA.

Bueno! él se entenderá... cargue sobre sus costillas si lo hace; pero ya está acostado y no creo que vaya á levantarse para abrirnos. o!a! o! Maese Lecrec... arriba!

LECREC, saliendo de la casa.

Qué hay?

CENTINELA.

Un vecino que esta ahí abajo y quiere entrar.

LECREC.

Ya es tarde.

CENTINELA.

Eso le he dicho... pero dice que le conocéis.

LECREC.

Cómo se llama?

CENTINELA, *apoyándose en la muralla.*

Eh! buen hombre... cómo os llamáis?

PERINET, *desde lejos.*

Fe... de... nos...

CENTINELA.

Cómo?

PERINET, *idem.*

Feli... sinos.

CENTINELA.

Dice que se llama Felipe de los Ursinos.

LECREC.

Decidle que voy á abrir.

Entra en su casa por las llaves.

CENTINELA.

Acercaos, buen hombre, ya van á abrir el portillo.

PERINET, *ya cerca.*

Gracias.

LECREC, *saliendo de su casa con las llaves.*

No sabía que estaba fuera de París este buen Señor. De dónde diablos viene á estas horas? Pardiez, *(abriendo el portillo)* Señor mío! que ha estado en un trís el que durmiérais fuera. *(entra Perinet)* Perinet!

PERINET.

Sí, padre mío, yo soy.

LECREC, *cierra el portillo.*

Perinet! mi hijo! De dónde vienes tan tarde? por qué no has dicho tu nombre?

PERINET.

Quise cojeros desprevenido, porque bien sabía el mucho placer que tendríais en volverme á ver. Como me fui sin daros un abrazo ni despedirme... estaba muy de prisa... tenía que cumplir una promesa que había hecho. Me ha cojido la noche á cuatro millas de aquí, y no he querido esperar á mañana para entrar en París.

LECREC.

Y has hecho bien; no sabes tú el contento que me proporcionas. Vamos, *(se dirige á la casa)* entra.

CENTINELA.

Es de veras un conocido vuestro?

LECREC.

Y mucho... ya lo creo.

CENTINELA.

Está bien.

Lecec y Perinet entran en la casa y cierran la puerta.

LECREC.

Mentira me parece que estás aquí! qué triste he estado durante tu ausencia! mil temores me asaltaban á cada momento... ya ves, un pobre viejo como yo... cuando no tiene mas delicia en este mundo que su hijo.

PERINET.

Padre mío!

LECREC.

Vamos, siéntate: *(lo hacen)* tendrás apatito... estarás cansado... cuento con que pasarás aquí la noche, no es hora ya de que vayas á tu casa.

PERINET.

Sí, eso pensaba... pasar aquí la noche.

LECREC.

Tu cuarto de arriba está siempre dispuesto.

PERINET.

Mil gracias.

LECREC.

Y con su buena cama, que á fe mía la necesitas mas que yo en este momento: si así no fuera la pasaríamos platicando aquí sentados... pero qué es eso?... no comes?

PERINET.

Sí Señor.

LECREC.

Parece que estás triste y pensativo... cómo es eso? siempre estás con la cara tan alegre, y ahora... Perinet! tú me ocultas alguna cosa.

PERINET.

Nada, padre mío.

LECREC.

Bien, te creo; pero sin embargo tu agitacion pudiera darme alguna inquietud, porque no hace mucho han venido unos soldados á registrar mi casa buscando á una persona que no han querido nombrar.

PERINET.

No temáis... cómo puedo ser yo el que buscaban si hace cuatro dias que estoy ausente... y no he dado ningún motivo? desechad esos temores.

LECREC.

Perinet! El Condestable te ha castigado severamente.

PERINET.

Con que tambien lo sabéis vos?

LECREC.

Quando te puso en manos de los arqueros no te defendiste?

PERINET.

No, padre mío.

TEOREC.

Dejaste escapar alguna amenaza?

PERINET.

Ninguna.

TEOREC.

Pues entonces, amno, hijo mío! hasta que el Condestable conozca su falta.

PERINET, *levantándose*.

Si, amno hasta entonces! Gracias, padre mío.

TEOREC.

Va me dejas?

PERINET.

El cansancio del camino... permítidme que vaya a reposar un poco... no puedo tenerme.

TEOREC.

Lo creo, hijo mío... has venido tan deprisa que estas cubierto de polvo y de sudor... no te detengo mas tiempo... si he arriika... toma ese candillo y buenas noches.

PERINET.

Pues que! no vas a acostaros?

TEOREC.

Sí tal... pero no te ocupes de mí... descansa y hasta mañana.

PERINET.

Buenas noches.

TEOREC, *mientras Perinet sube la escalera*.

Mañana subiré a llamarte yo mismo... y será lo mas tarde posible, me entiendes?

PERINET, *en el cuarto de arriba*.

Si Señor.

TEOREC, *escuchando*.

Se va derecho a la cama, ah! *agitando los brazos de la mesa* estos muchachos... les abate la menor fatiga... Si el pobre Perinet se viera obligado como yo... a levantarse a mitad de la noche para abrir al Condestable cuando pasa de ronda... algo duro se le haría el oficio... tener uno que acostarse vestido... *muele las llaves debajo de la almohada* Como ha de ser! tambien el pobrecillo ha venido corriendo para verme mas pronto... *durante estas palabras arregla los muebles del cuarto y se echa en la cama* Quiera Dios enviarme un sueño tan tranquilo como el de mi buen Perinet.

PERINET.

Esperemos ahora... sin moverme de este sitio... para que no me delate el mas pequeño ruido. Si subiera mi padre y me encontrara aquí!... No, nada... *escuchando* nada se oye abajo... cree que estoy dormido... con todo me parece que ha de figurarse que estoy en vela...

y clavado en este sitio... ah! quisiera contener los latidos de mi corazón... van a delatarme. Al mas pequeño movimiento... al menor ruido se despierta mi padre y queda cerrada la puerta de San Gernan para el partido de Biogonia... Dios mío! Dios mío! dadme valor y fuerza para llevar a cabo mi resolución... No puedo sostenerme... todo mi cuerpo tiembla como si me llevaran al patíbulo... nunca podre moverme de este sitio... pero la noche va pasando... *vanda con precaución hasta la puerta del cuarto, y la abre pausadamente* Vamos! es preciso. Si me habra oído?... no, duerm... cumplase la voluntad de Dios!

Reza la escalera lentamente en puntillas, apoyando se en el pasamano y conteniendo la respiración. Al llegar al lado de la cama de su padre se apodera de él un estremecimiento convulsivo; vacila algunos momentos, y ultimamente alarga el brazo, mete la mano debajo de la almohada en donde están las llaves y las va sacando con mucho cuidado. En este momento se oye la voz del centinela.

CENTINELA.

Alerta, centinelas!

TEOREC, *despertado sobresaltado*.

Un hombre!

Voces a lo lejos.

Alerta, alerta!

Teorec sentado en la cama sin moverse... y Perinet de pie en el mismo puesto con los brazos altos. Los dos se miran en silencio y asombrados.

TEOREC.

Perinet! tu aquí! que buscas?

PERINET, *con voz ahogada*.

Yo!

TEOREC.

¿Cómo es que te encuentro a mi cabecera?... no te has acostado? Responde, responde... Por qué te quedas petrificado en ese sitio, sin voz y sin aliento? Por qué me miras con esa palidez y esa agitacion?... Perinet! me has engañado... tu meditas algun proyecto de venganza... Perinet, mis llaves! me has robado mis llaves!

PERINET.

Yo!

TEOREC.

Sí... aquí estaban... las has robado mientras dormía... Dámelas al momento, dámelas y no te pediré cuenta del uso que has a hacer de ellas.

PERINET.

Aquí están, padre mío, aquí: yo las tendré... las necesito.

LECREC.

Vuélvemelas.

PERINET.

Os juro que las necesito. Me han infamado, me han infamado delante de todos como si fuera un vil esclavo. Hablé como hombre y me apalearon; callé y me apalearon también. Nadie me ha salvado, nadie me ha defendido: mías son estas llaves que me vengán.

LECREC.

Las llaves que he guardado fielmente durante veinte años, las esperan los Borgoñones, no es verdad? tu has prometido llevárselas, no es cierto? Entréganlos París te habrán dicho, tu padre tiene las llaves; y tu les habrás respondido: se las robaré cuando duerma. Responde, Perinet... no has dicho también: le mataré si despierta?

PERINET.

Ah!

LECREC.

Esto debías habérselo dicho... si; era necesario preverlo, porque pudiera llegar el instante de ponerlo por obra... y ya ha llegado. Vamos pues, empuña tu daga ó vuélveme las llaves.

PERINET.

Atrás, Señor! ah! dejádmelas, dejádmelas.

LECREC.

Nunca, nunca mientras viva.

PERINET.

Apartaos, dejadme! os lo pido por Dios!

LECREC.

No ves infeliz que en vano estás acariciando el pomo de tu daga? no conoces que una mirada de tu padre te deja clavado el brazo en el pecho? No habías previsto, infeliz, hasta qué extremo habías de llegar, y es superior á tus fuerzas lo que te resta hacer. Tu padre se acercará á ti sin temor, porque el acero no saldrá de su sitio.

PERINET, cayendo de rodillas.

Apartaos, Señor, dejadme las llaves! dejádmelas! os lo pido por Dios!

LECREC.

Ahora de rodillas? vienes á proponerme mi deshonor, no ya con la mano en la daga, sino á mis pies, llorando como un niño? Tú dirás: qué te importa el oprobio y la vergüenza al cabo de tus años? yo también cargo con ella y tengo mas días delante de mí.

PERINET.

Padre mío!

LECREC.

Yo que era tu esperanza, tu orgullo... espejo de lealtad y de honradez... te será imposible volver á pronunciar mi nombre.

PERINET.

Basta, Señor! por piedad!

LECREC.

Ahora las súplicas, los sollozos? Ah! levántate, Perinet! levántate! vale mas la blasfemia y la daga en el corazón de un anciano.

PERINET.

Vais á maldecirme, padre mío; vais á matarme; pero he hecho un juramento y es preciso que lo cumpla.

LECREC.

Y cuándo debes entregar esta puerta? Ah! que sea firme entonces tu resolución, Perinet, porque no me moveré de tu lado, y mucho ánimo y mucha fuerza has de necesitar. *(llaman á la puerta de la casa; los dos quedan inmóviles)* Quién llama?

voz fuera.

Ronda del Condestable.

LECREC.

A estas horas! qué querrá?

PERINET.

Por Dios, no pronuncieis mi nombre, padre mío!

Perinet se oculta detrás de la puerta en un rincón. Lecrec abre.

ESCENA VI.

DICHOS, el CONDESTABLE, BOURDICHON y ARQUEROS.

El Condestable y los que le acompañan entran por la calle. La escena pasa fuera de la casa, cuya puerta queda abierta.

LECREC.

Qué hay, Señor?

CONDESTABLE.

Lecrec, vais á seguir á estos hombres.

LECREC.

Yo!

CONDESTABLE.

Se os quitan las llaves de la puerta de San German.

LECREC.

Eso es afrentarme, Señor! Qué he hecho yo para merecerlo?

CONDESTABLE.

Vuestro hijo ha cometido un crimen que ha debido costarle la cabeza, y se sospecha, no sin razón, que habeis favorecido su fuga.

TEOFO.

Ah hijo! Nada tengo ya que replicar.

CONDESTABLE, señalando a Bourdichon.

Este buen hombre va a reemplazaros en la alcaidía.

TEOFO.

Pero arrojarle de mi casa en medio de la noche... esperad a mañana, Señor...

CONDESTABLE.

Mucho me pesa á fe mia hacer esto, Lectec, porque contaba con vuestra lealtad. Entregad al nuevo alcaide las llaves de la puerta, y seguid a estos arqueros.

TEOFO, aparte.

Le matan si llego á descubrirle.

CONDESTABLE.

Vamos, que haceis?

TEOFO.

Ahí estan en mi cuarto. *(Bourdichon entra en la casa y toma las llaves que están sobre la mesa, donde Perinet las ha puesto; mientras tanto continúa la escena)* Pero Señor! mi hijo!... es el único que tengo... no querreis privarme de la única esperanza que me resta en el mundo... decid, Señor, decid...

BOURDICHON, saliendo.

Son estas?

TEOFO, con sorpresa.

Sí... sí... estas son. *(aparte)* Una falta! Ah! Perinet!

CONDESTABLE.

Os compadezco, Lectec... pero su condena no puede revocarse.

TEOFO.

Si tal, Señor... porque no rechazareis á un pobre viejo que se echa á vuestros pies pidiendo perdón y misericordia... una palabra, una promesa solamente... Ah! si supieseis lo que haría una promesa vuestra... nada tiene pues que esperar este pobre padre que llora á vuestros pies? no hay piedad, ni perdón, Señor?... *(levantándose)* Caiga solo la maldición sobre mi frente, y cumplase la voluntad de Dios. Ya os digo.

Se va con el Condestable y los arqueros.



ESCENA VII

PERINET, BOURDICHON, el CENTINELA en la muralla.

BOURDICHON, viendo marchar a Lectec.

Pobre Maese Lectec! me habéis dañado ver esto!... *(entra en la casa y Perinet apaga la luz)* Calla!... el candilillo estaba encendido hace un momento... donde diablos podre volverlo a encender? Si mal no me engaño, arriba hay una chimenea... la escalera debe estar por aquí... *(anda á tientas)* Esta oscuro como boca de lobo.

Subo.

PERINET.

Mi padre preso! Ah! si no me doy prisa van á vengarse en él.

Sube pausadamente la escalera y encuentra a Bourdichon.

BOURDICHON.

Pues estamos frescos!... la misma humareda hay aquí que abajo... estoy lucido!... sin luz!... Yo no sé como diablos voy á hacer uso de las llaves. *(probando a abrir la puerta)* Pues esta es otra!... el viento me ha dejado encerrado... yo no sé para qué diablos me han hecho alcaide de la puerta... si no puedo abrir esta.

Perinet se ha ido acercando poco á poco á la escalera que sube á la muralla; en el momento de llegar arriba se detiene á la voz del centinela que está mirando hacia fuera.

CENTINELA.

Quién vive?

PERINET, aparte.

Ellos son! los ha distinguido en el campo.

CENTINELA.

Quién vive?

Perinet se echa sobre el con la daga, y muere dando un quejido.

PERINET.

Pregunta quien muere. Ahora demos la señal. *(gritando)* Alerta! centinelas.

VOCES, que se van perdiendo en la muralla.

Alerta!

BOURDICHON, asomándose á la ventana.

Quien dira que ese hombre es mas feliz que yo? Eh! centinela! queréis hacer el favor de abramme? estoy encerrado. Vamos allá! parece que viene al momento... *(robiendo á la puerta)*

y haciendo por abrirla) Ya veis, no es extraño... como uno no está acostumbrado... *(durante este tiempo Perinet ha ido á la puerta de S. German y abre el portillo, entrando Isabel y los Borgonones en peloton y con el mayor silencio)* Qué diablos hace ese hombre? *(mirando por la ventana)* Calla! parece que no me necesitan para abrir la puerta!

ESCENA VIII.

DICHOS, ISABEL, VILLIERS, GIAC, GRAVILLE, CABALLEROS y SOLDADOS BORGONONES *que siguen entrando.*

ISABEL.

Ya estamos á Dios gracias! Al palacio de S. Pablo, Señores! Vos, Giac, os apoderareis del Rey: nada hemos hecho si no cae en nuestras manos. Vosotros, Graville y Villiers, del Condestable... marchemos todos en pequeños grupos por calles escusadas, hasta llegar á S. Pablo... Han entrado todos? Cuánto tardan! decidles que se apresuren.

BOURDICHON.

Santa Madre de los Angeles! qué significa esto?

ISABEL.

Si hay todavía en la ciudad algunos soldados en vela, llamemos su atencion hácia esta parte, poniendo fuego á una de estas casas, en cuanto nos marchemos.

BOURDICHON, *viendo á unos soldados que entran en la casa.*

Fuego? Dios mio!.. *(gritando)* Que hay aqui un hombre vivo!

Los soldados se lanzan en su cuarto.

PERINET.

Ese hombre vive enfrente del palacio de S. Pablo, y puede conducirnos.

ISABEL.

Llevalle Giac. Han entrado todos?

VARIOS JEFES.

Todos.

ISABEL, *cojiendo las llaves de las manos de Perinet y echándolas por cima de la muralla.*

Bien! Ahora nadie sale, Señores. El sol que se acerca, alumbrará nuestra victoria ó nuestra muerte. Al palacio de S. Pablo!

TODOS.

A S. Pablo!

Se ponen en marcha: algunos soldados se disponen á poner fuego á la casa, y cae el telon.

ACTO QUINTO.

El teatro representa la tienda de Bourdichon ocupando las tres primeras cajas del teatro. En el fondo una gran puerta de varias hojas, la mitad de madera y la otra mitad de vidrios, que dá á la calle y deja ver abierta un buen trecho. En la tercera caja á la derecha del actor una gran chimenea gótica, capaz de contener delgado de la campana á dos ó tres hombres: en la primera al mismo lado una ventana baja con puerta de una hoja. A la izquierda en primer término una puertecita que dá á una callejuela, y en segundo una escalera practicable que conduce al entresuelo. En las paredes hay colgados platos y jarros de estano que indican la profesion del dueño. Al levantarse el telon es de noche, y por los vidrios del porton entra el resplandor de un incendio. Se oye á lo lejos tocar las campanas.

ESCENA I.

MARTA, y despues JÁCOME y vecinos.

MARTA, *bajando la escalera, y acabándose de vestir.*

Qué es esto, Señor? algo extraordinario sucede... no hay duda... las campanas están tocando hace una hora, y mañana no es ningún Santo de importancia... Pero calla! qué claridad! parece que han encendido una hoguera en la calle... Ay! Virgen de los Dolores... Si

habrá fuego en el palacio de S. Pablo? Dios mio! tan cerca de nuestra casa... *(abre la puerta de la calle y se re á Jácome y varios vecinos mirando hácia la izquierda, asombrados)* Qué sucede, vecinos? Compadre Jácome!..

JÁCOME.

Ola vecina! Es que hay fuego junto á la puerta de S. German.

MARTA.

Ay! Dios mio!.. lo sabeis de cierto?

JÁCOME.

Desde el puentecillo se ven las llamas.

MARTA.

Se debería avisar a la jente de Palacio... están durmiendo a pierna suelta... no se mueven una viviente: parece que no saben nada de lo que pasa.

JACOME.

Cállate! mirad lo que viene por allá abajo... que tropel de jente!

MARTA.

Son soldados... sí, no hay duda...

JACOME.

Desnuestro, lo que veo!.. llevan en el pecho la cruz roja!.. Son Borgoñones!

VECINOS.

Los Borgoñones...

Echan a correr.

JACOME.

Salvese el que pueda... voy á atrancar mi puerta.

Echa a correr. Se oye cerrar puertas y ventanas precipitadamente. Marta cierra la suya echando el cerrojo, y en el momento se ven bullar por entre los cristales muchos fierros de lanza. Marta se queda parada a la puerta sobrecojida de pavor, y se oyen unos fuertes golpes hacia el Palacio y una gran grita, entre la que se perciben las voces de: Viva Borgoña! á saco! á saco!

VOCES.

¡Viva Borgoña! á saco! á saco!

MARTA.

Ya están en Palacio! van á pillar al Rey y al Condestable... Dios mío! habrán entrado por la puerta de S. German... y mi pobre marido!.. no me queda una gota de sangre en las venas... no puedo sostenerme... *(va a sentarse en una silla que está de espaldas a la puerta, cerrada falsa, y en el mismo momento se abre, apareciendo Bourdichon pálido y azorado, poniendo las manos en los hombros de su mujer)* Ay!

ESCENA II.

MARTA, BOURDICHON.

BOURDICHON.

Marta!

MARTA.

Cielo santo! Bourdichon!

BOURDICHON.

El mismo en carne y hueso.

MARTA.

Los Borgoñones han entrado en París.

BOURDICHON.

Dimelo tú a mí!

MARTA.

Van á matar al Condestable.

BOURDICHON.

Dios te oiga!

MARTA.

Qué estás diciendo? no eres ya de su partido?

BOURDICHON.

Si tal, por mis pecados... porque si triunfa lo menos que me hacen es colgarme.

MARTA.

Colgarte?

BOURDICHON.

Lo que oyes... te parece que faltará quien diga que he entregado las llaves de la ciudad?... que me caiga aquí muerto si he soltado una sola... me acusarán de haber guiado a los Borgoñones, cuando sabe Dios que lo he hecho solo para evitar que me asaran como a un perro judío... por mas que diga no me creerán... dirán que soy culpable, y te dejarán viuda, pobre Marta... diera yo mis narices por hallarme en el pellejo de Maese Lecree... te llevaron al Chatelet y ya estará libre, porque los Borgoñones han soltado todos los presos.

El fuego brilla con mas intensidad.

MARTA.

El bendito San Lorenzo me valga... mira, mira!

BOURDICHON.

Esos demonios han pegado fuego al Palacio... no habrán encontrado al Condestable, y querían freírle en su huertera.

MARTA.

El fuego puede llegar hasta aquí por el arco que se me con esos jardines... la ventana de arriba ha quedado abierta...

BOURDICHON.

Voy á cerrarla, Marta! por Dios, si llaman no respondas. Qué noche! infeliz Bourdichon! en qué berenjena! te has metido!

Sube la escalera.



ESCENA III.

MARTA y después el REY y el CONDESTABLE.

MARTA.

Responder? Dios me libre! (*se dirige á la puerta falsa y la cierra poniéndose á escuchar*) Qué de desgracias van á suceder en Palacio! me tiemblan las carnes solo al pensarlo....

VOCES dentro.

Viva Borgoña.

MARTA.

Ay madre mía! parece que suenan los gritos en ese jardín... Cerremos bien la puerta...

Vá á hacerlo y se abre violentamente haciéndola retroceder asustada. Aparece el Condestable en la mayor consternación, sin armadura y descompuesto el traje, trayendo la daga en la boca, y al Rey en sus brazos envuelto en un ropón.

MARTA, gritando.

Socorro! soco...

CONDESTABLE.

Silencio, ó mueres!

MARTA, cayendo de rodillas.

Dios mío! el Condestable!

Armagnac coloca al Rey en un taburete.

CONDESTABLE.

Sí, yo soy Armagnac... el Condestable de Francia que se fia de tí... me han sorprendido de esta manera, sin armas, en medio de la noche... traidores!... á Dios gracias he podido escapar... aquí no me encontrarán... cuidado con que me descubras!

MARTA.

Yo, Señor? ah! os juro...

CONDESTABLE.

Bien... yo te daré la recompensa que mereces.

MARTA, aparte.

Con eso se salvará mi marido. (*alto*) Descuidad, Señor; yo os esconderé de un modo que... (*señalando al Rey*) pero no venís solo...

CONDESTABLE.

Es un pobre viejo, que á no ser por mí iba á ser pasto de las llamas.

MARTA.

Mirad como tiembla.

REY, con voz doliente.

Tengo frío!

CONDESTABLE.

Atiza esa lumbre... pronto... tiene heladas las manos.

MARTA.

Al momento, Señor... voy á traer unos cuantos leños...

Se vá por la puerta falsa, y por el fondo suenan gritos de viva Borgoña.

VOCES dentro.

Viva Borgoña...

CONDESTABLE.

Siempre los mismos gritos! Borgoña y nada mas! los Borgoñones dentro de París!... un sueño parece... quién les ha entregado la ciudad! Qué imprudencia la mía! haberme dejado sorprender como un niño, sin sospechar que durante mi sueño velaba la traición! Qué tardéis andan mis Armagnac! Qué hace Dupuy? ya no debe tardar en venir á socorrer el Palacio. Esperemos... aun puede remediarse todo... la joya que buscaban con mas anhelo, está en mi poder todavía... sí, aquí tengo al Rey... ah! si pudiera comprenderme... pero nada! permanece insensible á todo lo que le rodea... ni siquiera me conoce... Señor! aquí está Bernardo, vuestro buen Condestable, que os ha salvado de un inminente peligro... los Borgoñones han entrado en París, y yo os tengo aquí escondido esperando que llegue el momento en que pueda ponerme al frente de mis soldados para llevaros á la Bastilla, que es inespugnable como sabéis... Señor! no me oís?

MARTA, entrando y cerrando la puerta.

Ya está aquí la leña.

CONDESTABLE.

Siempre impasible y demente!... y sin embargo esa máquina inerte constituye toda mi fuerza... á Dios gracias no le ha conocido esta mujer.

VOCES dentro.

Viva Armagnac, viva.

Marta atiza la lumbre y el Rey se acerca estendiendo las manos para calentarse. Se oyen gritos de Armagnac! Armagnac.

CONDESTABLE.

Ah! ya están aquí!... abre pronto esa puerta... no tardes.

MARTA.

Ay Dios mío! no sé donde está la llave!

VOCES.

Viva Armagnac.

Siguen los mismos gritos mas cerca, y se ven

Entran los fierros de las Lunas. El Condestable corre a la puerta y la abre.

CONDESTABLE.

Aquí, Dupuy! aquí mis Armagnacs?

ESCENA IV.

DICHOS, DUPUY, ROBERTO y ARQUEROS.

Entran precipitadamente en la casa. El Rey permanece sentado en la chimenea.

DUPUY.

El Condestable!

CONDESTABLE.

Venga una espada antes de todo, una espada... *(se la dan)* Ahora decidme, donde está el Delfín?

DUPUY.

En la Bastilla con toda seguridad... Taneguy le ha salvado, *bajo*. Y el Rey?

CONDESTABLE, *lo mismo*.

En salvo también: mirad.

DUPUY.

El Rey!

CONDESTABLE.

Callad! Todo puede remediarse... mis soldados defienden bien sus puestos? *

DUPUY.

Los del Chatelet se han dejado matar antes que abrieran las prisiones.

CONDESTABLE.

¿Han abandonado la torre de Palacio?

DUPUY.

Todavía no.

CONDESTABLE.

Corto entonces á juntarme con mis Genoveses. Aquí dejo el Rey a vuestro cuidado... es preciso salvarle á toda costa: llevadle á la Bastilla... en la torre me encontrareis o aquí: si no puedo pasar: con pocos que me sigan basta... vaya uno sirviendo de guía para evitar los puestos Borgoñones.

MARTA, *aparte*.

Qué idea me ocurre! *(alto)* Mi marido os guíara, Señor. *(llamando)* Bourdichon, Bourdichon, Bourdichon.

BOURDICHON, *bajando de prisa*.

¿Qué hay? El Condestable! *(bajo a su mujer)* ¿quieres enviarle!

MARTA.

Quiero salvarle.

CONDESTABLE.

¿Que veo! tu aquí? que has hecho de las llaves que te confíe?

MARTA.

Señor! quemaron la casa y quisieron matar á mi pobre marido que es uno de vuestros mas fieles partidarios... ahora vereis como lo prueba: sirviendolos de guía y evitando que caigais en manos de los Borgoñones.

BOURDICHON, *aparte*.

Que diablos está ensartando esa mujer!

CONDESTABLE, *a los arqueros*.

Llebad en medio á ese hombre, y al primer movimiento que infunda sospecha... va sabéis.

BOURDICHON, *aparte*.

Sopla! á los diez pasos estamos entre los enemigos.

CONDESTABLE, *a Dupuy*.

Ya sabéis mis ordenes: cuanto antes llevadle a la Bastilla, no lo olvideis... vamos.

BOURDICHON, *señalando a la puerta falsa*.

Por aquí es mejor.

CONDESTABLE.

Vé delante.

BOURDICHON, *abriendo y aparte*.

Eso es! delante o detras, está de Dios: que me entierran mañana.

Se van con cuatro arqueros. El Rey, Dupuy, Marta y los demas arqueros quedan en la escena.

ESCENA V.

DUPUY, el REY, MARTA y ARQUEROS.

DUPUY, *a los arqueros*.

Ea! mis valientes! tenemos que acometer una empresa arriesgada; es preciso abrimos paso hasta la Bastilla. *(se acerca al Rey y le dice en voz baja con respeto)* Dignaos seguirnos.

MARTA, *acercándose*.

No incomodeis á ese buen Señor... aquí está bien.

DUPUY.

Callad, buena mujer.

Va á dar el brazo al Rey, y se oyen los gritos de Borgona! Borgona!

VOCES.

Viva Borgona!

ARQUEROS.

Los Borgoñones!

DUPUY.

Nos cierran el paso... y es preciso desalojarlos de él... si este infeliz (*mirando al Rey*) ha de seguirnos: corramos! (*á Marta*) atranca bien la puerta y no abrais hasta que volvamos... nos respondeis de este hombre... á ellos! (*se vá corriendo por el fondo con los arqueros y gritando*) Viva Armagnac!

ARQUEROS, *dentro*.

Viva!

DUPUY.

A ellos.

Al mismo tiempo se oye gritar Borgoña! Marta cierra precipitadamente la puerta. Ruido de espadas. El Rey permanece sentado y deja caer la cabeza en las manos.

VOCES.

Viva Borgoña!

ESCENA VI.

El REY, MARTA, *después* PERINET, ISABEL.

MARTA.

Qué infierno, Dios mío! han hecho bien en no llevar á ese pobre hombre... hubiera muerto al instante... (*se oyen voces dentro de viva Borgoña*) parece que los Borgoñones quedan dueños de la calle... (*llaman á la puerta*) ¡Jesús! ¿quién llama?

PERINET, *dentro*.

Abrid, soy Perinet.

MARTA, *corre á abrir*.

Perinet! á estas horas por aquí!

PERINET, *haciendo entrar á la Reina*.

Entrad, Señora, entrad en esta casa, estaréis con toda seguridad... El palacio de S. Pablo, está ardiendo.

ISABEL.

Y si vuelven?

PERINET.

No temáis. Al presentarnos huyen ó quedan muertos.

MARTA.

La Reina!

ISABEL.

Qué noche tan espantosa! No me dejes sola Perinet.

PERINET.

Aquí no correis ningún peligro. Los Señores de Villiers, de Giac y de Graville saben que es-

tais aquí y vendrán á buscaros. Yo he hecho un juramento y tengo que cumplirlo.

ISABEL.

La muerte del Condestable?

PERINET.

La busco con ansia.

Se vá.

ESCENA VII.

El REY, MARTA, ISABEL.

ISABEL.

Y me abandona!

MARTA.

Perinet! Perinet!

ISABEL.

Callad! no griteis... puede acudir jente... y si me encuentran sola... no hagáis ruido... no llamemos la atención hácia esta parte... apagad esa luz.

MARTA.

La apagaré.

ISABEL.

No teneis otro cuarto que dé á la calle?

MARTA.

El de arriba.

ISABEL.

Subid, pues, y poneos á la ventana... si pasan algunos soldados gritando Borgoña, llamadlos.

MARTA, *sube*.

Así lo haré.

El teatro queda en una completa oscuridad.

ESCENA VIII.

El REY, ISABEL.

ISABEL, *sentándose*.

Insensatos! haber pegado fuego al Palacio! me han privado de un asilo seguro, como si yo pudiera esponerme á combatir como ellos. Ah! cuánto tardan! Ya ningún rumor se percibe, todo vá quedando en silencio... parece una ciudad sepultada en el sueño, y sin embargo todos velan... todos menos los infelices que yacen por esas calles privados de la vida... Qué horror! Infame Armagnac! hé aquí los

efectos de tu ambicion... habia pererido?... que noche tan larga... nadie viene... tengo miedo...

ESCENA IX.

DICHOS y el CONDESTABLE entrando por la puerta falsa y andando con dificultad y con su espada y herido.

CONDESTABLE.

Logre salvarme! Son dueños de todas esas calles... infames!

ISABEL, aparte.

Que es esto? Dios mío!

CONDESTABLE, aparte.

Aquí no hay nadie... habra logrado Dupuy abriese paso... si volviera?

ISABEL, aparte.

Parece que hablan.

CONDESTABLE, andando á tientas y buscando donde sentarse.

Esta herida leve no puede debilitarme tanto. Apenas corte sangre... llega al sillón donde está la Reina y pone la mano en el respaldo; la Reina se levanta asustada. Aquí hay alguien!

ISABEL.

Quien se acerca?

CONDESTABLE.

Quien sois? responded.

ISABEL, aparte.

Armagnac!

CONDESTABLE, cogiéndola el brazo.

Responded! Ah! no penséis escapar... tú no eres la mujer que estaba aquí ahora poco... por que callas? temes ser conocida?... no respondes... (pasando la mano por el brazo y la cabeza de la Reina. Lleva joyas... una corona! la Reina! al decir esto se levanta el Rey y presta atención. Estoy perdido!

ISABEL, aparte.

Cielos! en su poder!

CONDESTABLE, aparte.

Estarán aquí los Borgoñones? ó ha encontrado como yo un asilo en esta casa?

ISABEL, aparte.

Le habrán abierto paso sus soldados?

CONDESTABLE.

Infeliz! sola estás aquí, porque de otro modo ya estaria yo muerto.

ISABEL.

Si pudieras salir, ya me hubieras arrancado de esta casa.

CONDESTABLE.

Tus Borgoñones me lo impiden... los dos estamos esperando socorro... Ah! ven pronto Dupuy, ven pronto.

ISABEL.

Venid Graville y apoderaos de este infame.

CONDESTABLE.

Ya te han abandonado.

Oyense gritos lejanos de Borgoña.

VOCES.

Viva Borgoña! viva.

ISABEL.

Ellos son! los oyes, Armagnac?

CONDESTABLE.

Vengan, vengan pues!

Oyense gritos lejanos de Armagnac.

VOCES.

Viva Armagnac.

CONDESTABLE.

Mas no seran los primeros que lleguen... has oído?

ISABEL.

Vana esperanza! ya nada se oye... el pueblo todo grita esta noche viva Borgoña.

CONDESTABLE.

Mañana gritará viva Armagnac!

REY, que se ha ido adelantando hasta ponerse en medio de ellos.

Y quien gritará viva Francia?

ISABEL y CONDESTABLE, retrocediendo asustados.

El Rey!

En este momento la claridad del incendio empieza á ser mas viva, y va aumentando progresivamente hasta el final.

REY.

No hay ya pues en este desgraciado reino mas que un pobre demente que se acuerda de la patria! todos sus hijos se han olvidado de ella! Siempre Armagnac ó Borgoña y nunca Francia! Y sin embargo corre á torrentes su sangre, debiendo yo dar cuenta de ella ante Dios, yo que no llevo en mi pecho ni cruz blanca ni roja. Insensatos! verted esa sangre obcecados en vuestras discordias civiles, sin acordaros de que es la de mis hijos, sin hacer caso de la persona cuyo nombre constituye toda vuestra fuerza; este Rey que despreciáis y tenéis por juguete, despierta ahora de su espantoso letargo, y casi al borde de la tumba

viene á pedirnos cuenta de tantos crímenes como cargais sobre su frente. Qué has hecho de mi reino Armagnac? De mi reino que te entregué para salvarlo y protegerlo?

CONDESTABLE.

Preguntádselo á la mujer que lo ha vendido al extranjero.

REY, á la Reina.

Tú también habías jurado defenderlo.

ISABEL.

Me habéis proscrito, Señor.

REY.

Odio y traición por todas partes. Habcis querido saciar vuestros rencores, y para satisfacerlos os valeis del hierro y de las llamas? Pensasteis, infelices, que Dios no se habia de compadecer de mi estado, y no me habia de enviar un momento de razon para ver los crímenes y el horror que circundan mi trono, y para descargar sobre vuestras frentes la maldicion del cielo? Si, este momento ha llegado, y Dios pronuncia por mi boca la maldicion y el oprobio que ha de caer sobre vuestras cabezas y sobre vuestros nombres.

ISABEL.

Perdon, Señor...

REY.

Apartad... dónde están vuestros parciales? que vengan esos dos partidos insensatos, y veremos si en mi presencia gritan Borgoña ó Armagnac... yo les saldré al encuentro; yo débil y moribundo...

Dirigiéndose á la puerta.

CONDESTABLE.

Señor, qué vais á hacer?

REY.

¡Arás! dejadme libre el paso; no quiero que por mas tiempo me contamine vuestro aliento! ¡arás!

Se vá por el fondo: los dos quedan aterrados.

~~~~~

## ESCENA X.

CONDESTABLE, ISABEL.

La Reina vá á seguirle y el Condestable se lo impide cerrando la puerta y agarrándola del brazo.

CONDESTABLE.

No, no saldréis! pensais aprovecharos de este corto momento de razon para ablandar

con vuestros ruegos y ternezas el odio que le inspirais? No, vive Dios! estais en mi poder, y quién sabe si para todo lo que os resta de vida: porque mañana pueden muy bien recoger sus puestos los que ya creéis vencidos para siempre.

ISABEL.

Dejadme... socorro!

CONDESTABLE.

En vano pides socorro, nadie escucha tus gritos... todos se han olvidado de tí... yo solo estoy á tu lado; yo Armagnac... tu enemigo!

Se oyen gritos lejanos de Armagnac.

VOCES dentro.

Viva Armagnac!

ISABEL.

Socorro! Dios mio!

CONDESTABLE.

Escuchas? pierde toda esperanza, infeliz... son mis parciales los que se acercan, mis fieles servidores que han rechazado valerosamente á la infame chusma que queria proporcionarte una venganza.

ISABEL.

Calla! calla! hasta dónde quieres llevar la barbarie y el ultraje? Has hecho pedazos mi corazon gozándote en la muerte de mi hijo, y ahora quieres gozarte en la de su madre, infame!

CONDESTABLE.

Vanos denuestos, Isabel! estás en mi poder y tienen muy poca fuerza tus palabras para herir mi corazon.

Gritos de Borgoña! Borgoña! bastante cerca.

VOCES dentro.

Viva Borgoña!

ISABEL, con alegría.

Qué escucho!

CONDESTABLE.

Cielos!

ISABEL.

Lo oyes, Armagnac? son mis parciales los que se acercan, mis fieles servidores que han rechazado valerosamente la infame chusma que te victoreaba.

CONDESTABLE, sacando una daga.

Pues bien, veremos si se atreven á herirme al ver que clavan al mismo tiempo mi puñal en tu pecho.

Se ha apoderado de ella.

ISABEL.

Infame!

Borgoñones y pueblo acaban de violentar la puerta del toro, y entran en tropa gritando:

¡TOS.

Miera Armagnac.

¡TOS.

Miera.

¡TOS.

Deteneos, deteneos, mi vida está en manos de este traidor.

Se detienen.

PERINET, entrando por la puerta de la derecha e haciendo al Condestable.

La suya me pertenece a mí. Reina, estás libre y yo vengado.

¡TOS.

Viva la Reina!

¡TOS.

Viva! Viva Perinet!

¡TOS.

Viva!

Las puertas se abren y el pueblo.

PERINET.

¡Bien! bien esas puertas, apartaos, abrán enteramente las puertas y penetra una multitud de gente que se coloca a los lados, descubriéndose en el fondo el Palacio de S. Pablo añadiendo Miera, Armagnac, tu señalaste mi cuerpo ensangrentado por las manos de tus arqueros, yo he quemado tu palacio y tus blasones por la mano del verdugo; gravaste en mi espalda el sello infame de la tiranía de los Armagnac, yo he gravado con mi daga en tu pecho la roja cruz de Borgona. Odio eterno a la tiranía! Viva la Reina!

¡TOS.

Viva!

FIN DE UNA AFRENTA DOS VENGANZAS.



# LIBRERÍA DE ANTONINO ROMER

Calle de Precados, núm. 23.—Madrid

ESCORIAL A LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALA

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

Ilustrada con 26 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camocúa

Un tomo en 5.º en cartón.—Precio, 1 peseta

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIM

ordenado en presencia de los mejores public

hasta el día, y adicionado con un consider

numero de voces que no se encuentran en

ninguno de ellos a pesar de hallarse consignada

D. Juan Landa

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas

EL PRACTICO

Tratado completo de Cocina

AL ALFANCO DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOMRAS

con un alfabeto que comprende el arte

el mejor aprovechamiento de las sobras, las

estas para el servicio de una mesa y el modo

trabajar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Ilustrada con 21 lá

minas, y adornada con 60 minutas de alim

tos y comidas para los gastos y condiciones

algunas formulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.º de 140 págs. — Precio,

6 pesetas.

Tambien hay tomos sueltos.

pesetas.

Van publicados 35 tomos en 4.º.—Precio, 100

por parte sueltas.

Todos por esta sociedad, de que se hallan la ma

yor parte completa de todos los tomos publi

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

(Cuatro tomos en folio, 50 pesetas.

reino,

ala de Indias del Tribunal Superior de Justicia,

con la aprobacion de la Real Academia de la Lengua provisional del

Quinta edición, corregida y aprobada por la

LA MAJESTAD CATOLICA EL REY CARLOS II

por,

mandados imprimir y publicar

LEYES DE LOS REINOS DE LAS INDIAS

DE LAS

RECOPILACIÓN

Un tomo en 4.º, 612 págs., 8 pesetas.

Esta obra, que acaba de ponerse a la venta,

contiene en su amplio y fiel extracto los principales

trabajos examinados con imparcialidad la historia

de estos, señala sus defectos y expone con minu

ciosos detalles lo referente a las relaciones exte

riores de España, siendo, por tanto, de gran inte

res para conocer de un modo exacto el aspecto

diplomático de la cuestión cubana.

DON JERÓNIMO BECKER

POR

(1776-1895)

desde la independencia de los Estados Unidos hasta nuestros días

POLÍTICA Y DIPLOMATICA

HISTORIA

